MIGUEL DE UNAMUNO

R. E. nº 3779

BIBLIOTECA PÚBLICA

MADRID

AFRODISIO AGUADO, S. A. - MADRID

MCD 2022-L5

Colección «MAS ALLA»

Desde hace algún tiempo han quedado reducidos los libros a un grupo de potentados que pueden permitirse ciertos lujos. La Colección «MAS ALLA» anhela poner remedio a eso, haciéndolos asequibles a todos los haberes. En ella irán apareciendo las obras que consiguieron los mayores éxitos, las más eximias creaciones literarias, los libros de ayer y de hoy. Concederemos puesto de relieve a las íntimas páginas del diario y de la carta amorosa, donde se encierran trozos de auténtica palpitación humana.

Con esta Colección tendrá el amante de los libros buenos y bellos la mejor de las bibliotecas.

Su lema será siempre: magnífico contenido, pulcra presentación, módico precio.

Aparecerán dos volúmenes al mes.

Hemos elegido los mejores dibujantes, para que su ornamentación sea digna de nuestros clientes.

Esta Colección puede adquirirla en todas las librerías, a los siguientes precios:

Rústica	10 pesetas
Pergamino	20 »
Piel	25 »

MADRID

13129

MIGUEL DE UNAMUNO

MADRID

MCD 2022-L5

AFRODISIO AGUADO, S. A.
Marqués de Cubas, 5
MADRID

MIGUEL DE UNAMUNO

MADRID

MIGUEL DE UNAMUNO

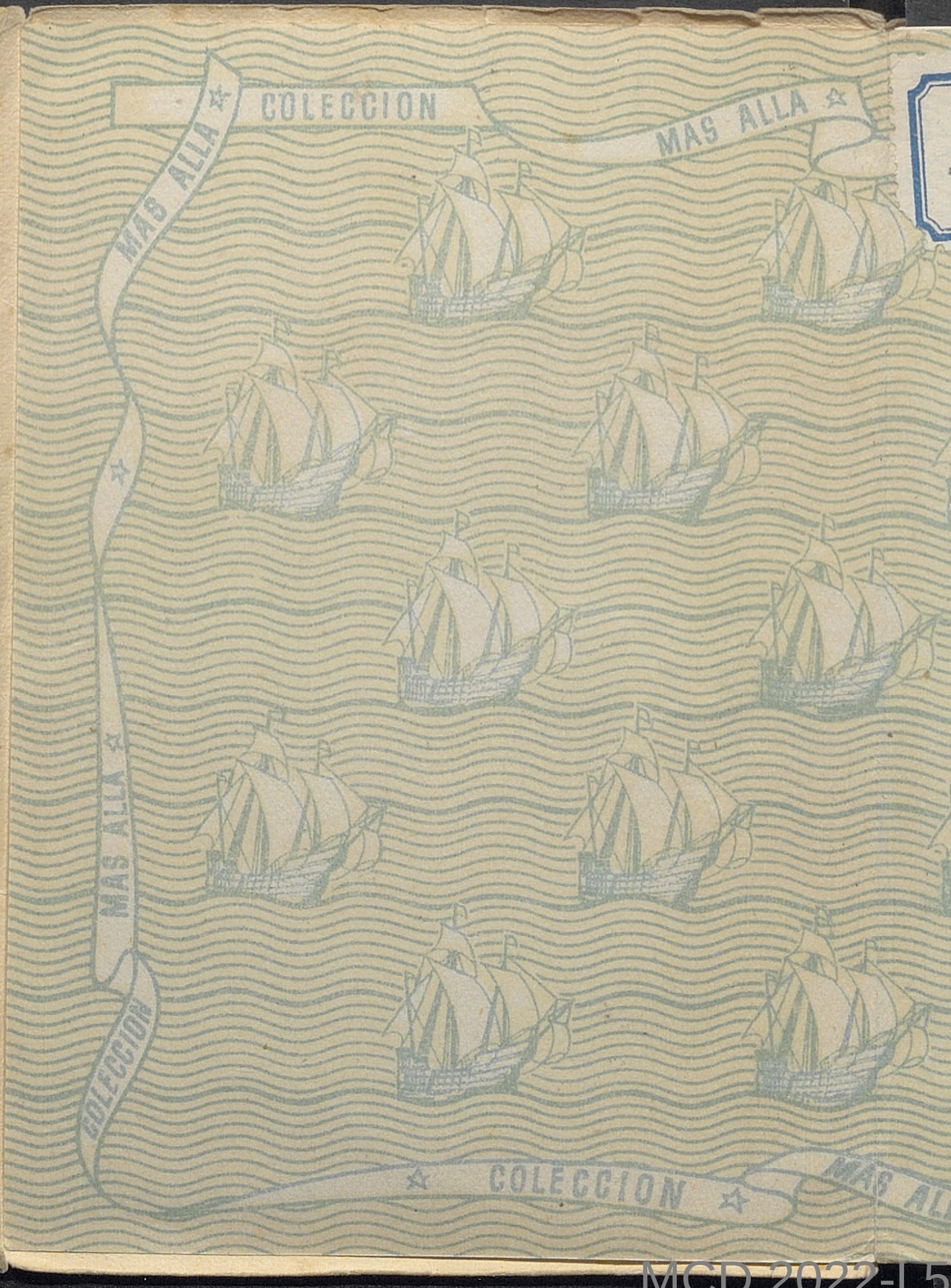
M A D R I D

MCD 2022-L5

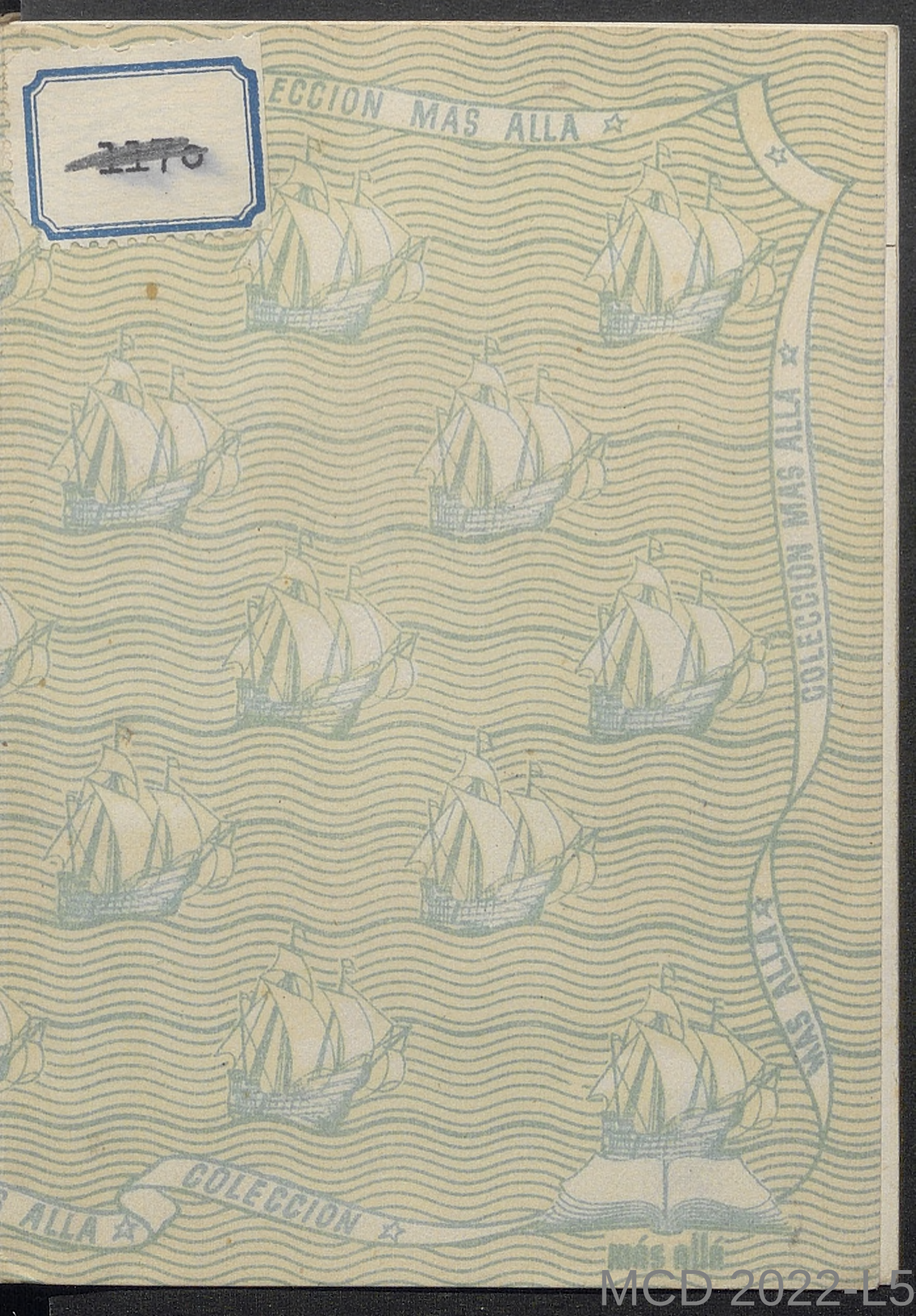
Sig 13129

cb 1112 6300

MCD 2022-L5


COLECCION
MAS ALLA
MAS ALLA
COLECCION
COLECCION
MAS ALLA

1170



MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

COLECCION «MAS ALLA»

93

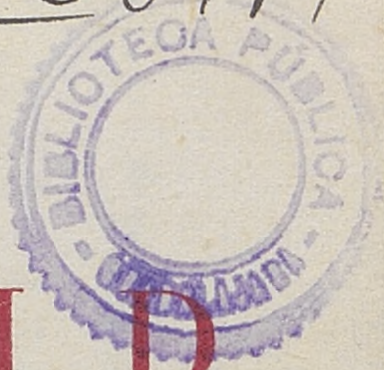
MADRID

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

MIGUEL DE UNAMUNO

R. E. 3779-



MADRID

AFRODISIO AGUADO, S. A. - MADRID

MCD 2022-L5

DIBUJÓ LA CUBIERTA
EDUARDO VICENTE

SE HAN REGISTRADO LAS
CARACTERÍSTICAS TIPOGRÁ-
FICAS DE ESTA COLECCIÓN

MADRID, 1950

Impreso por

AFRODISIO AGUADO, S. A. - MADRID

MCD 2022-L5

I N D I C E

MADRID:

Los delfines de Santa Brígida..... 9
Callejeo por la del Sacramento..... 17
En la fiesta de San Isidro, labrador..... 23
Orillas del Manzanares 29
Manzanares arriba o las dos barajas de Dios, 37
Castillos y palacios 45
Desde alturas de tierra 51
Dos mercados 59
Salve en Atocha 65
Junto al Arroyo 71
La Cibeles en Carnaval 77

CASTILLA:

Entre encinas castellanas 87
Gredos, corazón de Castilla..... 93
En la villa de Pedraza de la Sierra..... 97
Por las tierras del Cid 105
Cuenca Ibérica 111
Jueves Santo en Ríoseco 117
Dos lugares. Dos ciudades 123
Por el Alto Duero 131
En el castillo de Paradilla del Alcor..... 139
1933 en Palenzuela 147
La eterna reconquista 155

MCD 2022-L5

MADRID

MCD 2022-L5

MADRID

MCD 2022-L5

LOS DELFINES DE SANTA BRIGIDA

Llegó por primera vez el comentador a Madrid—un mozo morriñoso—en 1880, al abrirse el próximo curso académico hará cincuenta y dos años; al Madrid de la España—tan madrileña entonces de Alfonso XII y el duque de Sexto, de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Calvo y Vico, de Pereda y Pérez Galdós. Fué a dar en una bohardilla de la casa de Astrarena, toda fachada, se decía, en la Red de San Luis, entre las entradas de las calles de Fuencarral y Hortaleza, casi donde hoy se alza el babélico edificio de la Telefónica, ese rascacielos contra el cielo que menos rasquera tiene, que es el de Madrid. Delante de la casa, la calle de la Montera, llevando a la ya legendaria Puer-

MCD 2022-L5

ta del Sol, la de la bola simbólica de Gobernación. En esa calle, la iglesia, de estilo jesuítico, de San Luis, donde quebró la seguida de sus misas regulares, y enfrente de la iglesia, el que su profesor — que no maestro—de Metafísica, Ortí y Lara, llamó el blasfemadero de la calle de la Montera, el antiguo Ateneo, el de Moreno Nieto, del que hizo Cánovas del Castillo un asilo para todas las rebeldías verbales. Y vivió aquel Madrid lugareño, manchego, a las veces quijotesco—«en un lugar de la Mancha...»—de las sórdidas calles de Jacometrezo, Tudescos, Abada, y lo vivió enfrascándose en libros de caballerías filosóficas, de los caballeros andantes del krausismo y de sus escuderos. Se puso a aprender alemán, traduciendo, entre otras cosas, la «Lógica», de Hegel. ¡Qué años aquéllos! ¿Pasaron por él? No, no pasan los años por uno, sino que es uno quien pasa por los años. Los años le quedan.

Hoy el comentador, rico de años—y aun, por herencia, de siglos—y rico de recuerdos, y por herencia de esperanzas, recorre, señero, lo que de su Madrid de la mocedad aún vive para remontarse el corazón. Bus-

MCD 2022-L5

ca frescuras, ya de fuentes, ya de verdor de vida. Y a lo mejor topan sus ojos allí, en la calle de Leganitos, con una higuera presa entre casas ya no lugareñas. Y busca rinconadas, encrucijadas, plazuelas donde se haya remansado la leyenda cotidiana. Y en esos remansos va a bañarse en agua espiritual eterna. Que si Heráclito dijo «no bañas tu pie dos veces en la misma agua», esto no reza cuando uno se chapuza en remanso, en pozo o en pantano.

Y recorriendo este Madrid, he aquí que al rozar en ciertos rincones con sombras de sueños de antaño empiezan éstos a pizcarle el corazón, arrancándole pizcas de recuerdos de mocedad estudiantesca y haciéndole columbrar en lo que pasa lo pasado, en lo corriente lo ya corrido. Y así, hace pocos días le detuvieron la mirada y el pecho esos dos delfines, colas de arpón en alto, que a la entrada—o salida—de la calle de Santa Brígida, esquina a Hortaleza, siguen vomitando sus chorros de agua fresca de la llamada Fuente de los Galápagos. «¿Dónde está el galápago?», se preguntó. Acaso sea su caparazón aquella concha en que yacen, colgados, los del-

MCD 2022-L5

fines. Y sobre éstos la inscripción: «Anno Dni. MDCCLXXII». En el año del Señor 1772.

Fuente urbana esa del chaflán de San Antón. En torno a fuentes públicas se reunen en los lugarejos, y aun en los lugarones, las mozas de la vecindad; la fuente es fuente de las murmuraciones y comadrerías lugareñas. Al susurro brizador de la fuente, de su surtidor, surgen leyendas que son pasatiempo.

1772... Carlos IV, María Luisa, Godoy, Goya... Víspera de la Revolución, la francesa, cuyas salpicaduras, escurriduras y rebotes sintieron luego, sin dejar de dar su frescor de agua pura corriente, esos delfines simbólicos. Y luego Napoleón el Unico y el Dos de Mayo madrileño—¡parque de Monteleón!—, en que alguno de aquellos majos iría a refrescar la sed de su encono en los chorros de Santa Brígida. Y luego Fernando VII, el Deseado por los aguadores que berreaban «¡Vivan las caenas!» Y los delfines oyeron el himno de Riego, el llevado en su serón a muerte. Y oyeron rumores de la primera carlistada, cuando Gómez se llegó a las puertas de los arrabales de Madrid. Y luego... Luego oyeron las

MCD 2022-L5

pisadas de la otra revolución, de la chica —¡le llamaron Gorda!—, de la nuestra, de la setembrina, de la que trajo Doña Isabel, de la de Prim, el que no estuvo en Alcolea, y a lo lejos, después, los trabucazos que acabaron con el caudillo. Y seguían los chorros surtiendo agua y leyenda fresca. Y vino la segunda carlistada, aquella de que este comentador, niño que se abría a la historia, fué testigo conmovido.

Y los delfines de Santa Brígida de los Galápagos sintieron el respiro ansioso, a las veces acezo, de la primera República española, la del 73, que antes de llegar a añoja se ahogó en aguas de Cartagena, a la vista de los delfines del mar Mediterráneo. De aquella república espejo. Y luego sintieron el choque de los cascos del caballo del llamado Restaurador, que entraba en su villa y corte natal. Y después el rumoreo callejero, alegre y confiado, de aquel madrileño en que se vió envuelto el comentador cuando vino a soñar vida civil y nacional entre la iglesia de San Luis, el rezadero, y el antiguo Ateneo, el blasfemadero de la calle de la Montera. ¡Inocentes rezos e inocentes blasfemias!

MCD 2022-L5

Y en tanto, cada año—van ya ciento sesenta—los delfines engalapagados oían en el día de San Antón, abad, el del cerdo y las tentaciones, rumor de pezuñas, relinchos, rebuznos, gruñidos de cochinos y vocerío de jinetes y de romeros. Era que pasaban caballos, mulos—algunos majamente enjaezados—, borricos, jumentos, acémilas, puercos... Era la bendición de la cebada. Y hay también la bendición de los campos para que sobre ellos recaiga, de los delfines celestiales, la lluvia que cría cebada, y uva, y aceituna, y el trigo que nos da el pan nuestro de cada día, mientras nos aprieta el cincho del hado histórico.

Y entre tantos monumentos nuevos y modernos que llegarán acaso a hacerse viejos, pero no antiguos, y mientras se encapucha supersticiosamente a las regias coronas de los escudos ministeriales, ahí están esos delfines centenarios. Por los chorros de sus bocas corre sin cesar el agua, endechando en eterna frescura un susurro, pulsando en el teclado de los días pasajeros la misma nota siempre..., siempre, que al decir «¡así va todo!», dice: «¡así viene todo!», susurra la permanente transitoriedad de la cosa y

MCD 2022-L5

la vida públicas, la queda de lo que se pasa y el paso de lo que se queda, la estadía de la corriente y el curso de lo que se está. Y en armónica con el «¡Así va todo!», «¡así viene todo!», susurra: «¡Así se queda todo!» Todo, todo: revolución y reacción, progreso y tradición, rebeldía y cumplimiento, fe y razón, dogma y crítica, sueño y vela—yedras entre escombros de ruinas—, nacimiento y muerte—dos tránsitos—, todo y nada...

Tal vez el rezo que desparraman por la rinconada de San Antón badajos de la infinita campana de la pasajera eternidad humana, esos delfines de Santa Brígida de los Galápagos de este Madrid de la España eterna.

(*El Sol*, 28-II-1928.)

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

CALLEJEO
POR LA DEL SACRAMENTO

¿No te ha acontecido, lector amigo, sentir ansión de huir de la actualidad embargante para buscar la potencialidad del recuerdo liberante? ¿No te has sentido aislado en medio de la «enloquecedora muchedumbre» («madding-crowd», que dijo Gray, poeta) de una gran urbe que vive al día cinematográfica, telefónica y radiográficamente? Pues este comentador, sí. Y estando desterrado en París solía escaparse de las avenidas y los bulevares muchedumbrosos para recogerse en la sosegada isla de San Luis, o en el Palais Royal, henchido de recuerdos de la Gran Revolución, o en la Plaza de los Vosgos, plaza para abuelos y nietos, donde vivió y murió el gran abuelo—poeta también—Víctor Hugo, y lugares

MCD 2022-L5

los tres muy lugares. Y aquí mismo, en Madrid...

Mi gran amigo Guerra Junqueiro, el gran poeta portugués, soportaba mal, no sé bien por qué, a Madrid. «En todas las grandes plazas—me solía decir en la de Salamanca—las muchedumbres tienen movimientos rítmicos, menos en la Puerta del Sol de Madrid.» Otra vez: «Por estas calles se puede ir soñando sin temor a que le rompan a uno el sueño.» Otra: «En este cielo—el de Salamanca, ¡claro!—puede haber Dios. ¡En el de Madrid, polvo!» Lo que no es justo. Porque también aquí... Federico de Nietzsche—otro poeta, y van cuatro—decía: «Sabemos que la ruina de una ilusión no da verdad alguna, sino sólo algo más de ignorancia, un ensanchamiento de nuestro «espacio vacío» («Leeren Raumes»), un acrecentamiento de nuestro «yermo» («Oede»).

¡Espacio vacío! ¡Yermo! ¡Dónde poder soñar! Pero también aquí, en las calles de Madrid, cabe soñar sin temor de que le rompan a uno el sueño. Según la calle. También aquí se puede hallar campo urbano—¡campo!—, relicario de recuerdos de leyenda; también Madrid es lugar—¡lu-

MCD 2022-L5

gar!—con viviendas—no sólo posadas—de vecindario parroquial. Sí; la leyenda pliega sus alas y se posa, como sobre su nido, a dormir soñando siglos divinos en el desnudo y ceñudo páramo castellano; pero también aquí. Los tranvías y los «autos» atiborran de circulación urbana a la calle Mayor, a la calle Ancha, a la Gran Vía, y en esa mayoría, en esa anchura y en ese grandor—que no grandeza—se hunde la leyenda secular, aunque surta la gacetilla cotidiana. Pero...

Hace ya cuarenta años que fuí a visitar a otro poeta, a Núñez de Arce, en su vivienda de la calle del Sacramento, donde acaso escribió su «Miserere»; pues desde allí cabía recibir, a través de las encinas velazqueñas del Pardo, y como por espiritual telefonía poética, los ecos del Panteón del Escorial, que ya otro poeta, Quintana, hubo cantado. No había yo vuelto por esa calle desde entonces, y aun antes apenas si la conocía. No está en el Madrid de mis correrías de estudiante morriñoso. Y he vuelto a esa calle llamado por otra morriña. He vuelto en romería.

La Plaza Mayor, archivo de majeza, que

MCD 2022-L5

me trae recuerdos de su hermana mayor, la de Salamanca, y allí, el pedestal de aquella hermosa estatua ecuestre de Felipe III, a que derribó perturbada turba perturbadora hecha de brutos iconoclastas, seminario de petroleros—semillero de incendiarios—. En recuerdo le llena a la plaza la ausencia de la estatua abolida. Luego, la Torre de los Lujanes, prisión que fué de Francisco I de Francia; después, la recatada señorial plaza del Cordón, y por ella, a la calle del Sacramento, cruzada por la del Rollo—rollo, picota. ¡Qué nombres sacramentados!—, y allí, en fila grave, moradas vivideras señoriales, hidalguescas, provincianas de corte y villa, con aire de gentileza de «Castiella, la gentil» del viejo cantar. Puertas de portaladas, con dinteles de roca castellana adovelados. Y allí se respira sosiego y se reposa el cielo luminoso de Madrid, con Dios y sin polvo. ¿Polvo? Sí; se posa polvo de luz celeste, y se debe de oír mejor, sin estrépito de bocinas, la voz de la campana parroquial que toque a ánimas y a oración. Y si ya no es así, al menos «soñemos, alma, soñemos...». Allí ha respirado más a sus anchas mi ánimo, y he sen-

MCD 2022-L5

tido mayoría, anchura y grandeza ciudadanas soñando el pasado, que es y no el que sólo fué. Y en la desembocadura de la del Sacramento, el monumento a las dos docenas de víctimas, que sucumbieron en el atentado de regicidio del 31 de mayo de 1906, día de la boda agorera de la última pareja regia de España. Y luego, por el pretil de los Consejos—¡qué otro nombre!—, a la calle de Segovia; una encañada urbana, y sobre ella, el Viaducto, antaño suicidadero popular, que conduce a su aledaño, el Palacio de Oriente, también en cierto sentido, no literal, sino espiritual, suicidadero... dinástico. Lo que habrá escuchado en atento silencio esa calle del Sacramento, sin tranvías y casi sin «autos»; esa fila de viviendas ciudadanas, recogido remanso de historia. ¿Del viejo Madrid? No, sino del Madrid intemporal, del Madrid—oso y madroño—que soñaba, vivía y revivía D. Benito, su evangelista. Por esa calle del Sacramento solía callejear Bringas, el del Palacio Real.

Sí, sí; cabe callejear, discurrir por Madrid, soñando a España; cabe ir soñando por calles encachadas de este Madrid, se-

MCD 2022-L5

naras de España, sin temor a que le rompan a uno el sueño, que nos le escuda y ampara este cielo, que laña la cuenca del Duero con la del Tajo, Castilla la Vieja y la Nueva. Respira la calle del Sacramento aire del Guadarrama. Pero... ¡ojo!, porque hay que vivir despierto. Por si acaso... A Dios rogando, y con el mazo dando, no sea que se nos rompa la vela. Ese monumento de la desembocadura de la calle del Sacramento y aquel pedestal vacío de la Plaza Mayor nos amonestan a vivir despiertos. Que la barbarie, que hoy se revuelve contra un símbolo, sea de carne o de bronce, mañana se revolverá contra el que le ha suplantado, y destruirá el símbolo, pero no lo simbolizado. A soñar, pues, lo que se queda; pero despiertos a lo que se pasa. Y a Dios rogando, y con el manzo dando.

Por lo cual roguemos, de mazo levantado, a nuestro Dios histórico y religioso, no al metafísico y teológico, que los recuerdos de gloriosas esperanzas de nuestros antepasados nos críen esperanzas de gloriosos recuerdos que entregar a nuestros trasvenideros.

(*El Sol*, 15-III-1928.)

MCD 2022-L5

EN LA FIESTA DE SAN ISIDRO LABRADOR

Era el día de Pentecostés, de la Conmemoración de la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que en este año ha coincidido, por providencial dispensación, con el de San Isidro, labrador, patrón de Madrid, el 15 de mayo. San Isidro, labrador de Madrid cuando Madrid se labraba, cuando era tierra labrantía. Y como sigue siendo pueblo, hoy por el pueblo es tierra, y tierra de labranza.

Y ese día de Pentecostés y de San Isidro entróse uno—uno solo—en la calle de Toledo por la Plaza Mayor. A la entrada y a la izquierda, en los soportales, este rótulo, de una tiendecita de aquellas que soñó Galdós: «Fábrica de flores.» ¿Sería un

MCD 2022-L5

agüero? Más adelante se le acercó a uno una anciana, preguntándole: «¿Es por aquí la catedral, señor?» ¡La catedral! Trasciende a provincia, a pueblo provinciano. Y pasan, donairosas y alegres—no se sabe si con alegría republicana, pero sí popular—, muchachitas en flor. El mocerío se enracima en los tranvías. Y uno—uno y solo—se siente preocupado entre oleadas de pueblo. Son los que fueron hace un siglo, hace siglos; son los que serán dentro de un siglo, dentro de siglos. Están sobre los regímenes y por debajo de ellos, en sus copas y en sus raíces. Y se siente uno pasar. Y ¡ay si pudiese guardar para siempre—¡para siempre!—este momento—¡coger el instante!—y hacerlo sempiterno! Y siente la enorme y trágica melancolía de esta vocación de cronista—de temporalista—de la eternidad cotidiana. El temporal pasa. Y al querer así acuñar en estampa esta sensación ¿no pierde uno su goce puro?

Salió uno a la calle de la Cava Baja. O mejor, entróse en ella, pues que salir es entrar. Posada del Dragón, Posada del León de Oro, Posada de San Isidro, Flor de la Mancha... Posadas, no hoteles. El pueblo

MCD 2022-L5

allí se posa. Hotel, hostal, aunque propiamente hospedería nos sabe a algo como hospital; es para enfermos de urbanidad, no de civilidad. Y por allí, calle de Latoneros y de Tintoreros, de gremios populares; nada de figurones o fantasmones, héroes o no. Una muchachita, en una portalada, le decía a otro: «... en mi pueblo...» Y al oírselo husmeaba uno tierra de labranza, heno mojado de rocío. Y luego, la Cruz de Puerta Cerrada, que abre sus anchos y blancos brazos de piedra; una cruz pura, sola, sin Cristo. ¡Líbrenos Dios de bárbaros, sin tierra ni pueblo, a quienes se les ocurra derribarla!

La calle de la Cava de San Miguel; casas con recalzo en escarpe y grandes ventanas enrejadas, como en Cuenca. Y la plaza de San Miguel, con tristes acacias encallejonadas; algunas con florecillas blancas esmirriadas. ¿De fábrica? Y allí al lado, junto a un mercado de abastos, un «cine». Las alegres mocitas callejeras no son estrellas de «cine», sino estrellitas de calle, y como si chinarrillos, dulce y suavemente refulgentes, de Camino de Santiago. Y en la plazuela de Santiago. Y en la plazuela de

MCD 2022-L5

Santiago, allí cerca, entró uno en aquella iglesuca insignificante, sin más cuño ni carácter que el de no tenerlo, y es bastante. Estaría desierta a no ser por un hombre de pueblo, todavía joven, que de rodillas sobre el asiento de paja de una silla-reclinatorio se enjugaba pudorosamente los ojos. Pintada en un pilar la roja cruz de Santiago, puñal ensangrentado todo. Pero algo se preparaba, pues empezó un discreto trajín sacristanesco. Y al salir uno dió con un «auto», del que sacaban a un niño de días, cuya cabecita, desnuda, derramaba al sol de la tarde serenidad por el recinto de la plazuela. Era que le llevaban a bautizarle al pie de la cruz roja de Santiago.

Salióse uno, y al doblar la iglesuela de la calle de Santa Clara, y en su otra esquina: «En esta casa vivió y murió Mariano José de Larra.» Y el año, hace cerca de un siglo. Y allí vive y muere; allí sigue viviendo su muerte trágica, su suicidio. Y uno soñaba religiosamente: ¿No siente? ¿Le siente a uno Larra? ¿Siente su tierra y su pueblo, su España? También él atesoró momentos huideros, y los eternizó; eternizó la mo-

MCD 2022-L5

mentaneidad momentaneizando la eternidad. También él se bañó en oleadas del «hombre-tierra»—que así, con estas mismas palabras, le llamó; también él, que era uno —otro—, se sintió solo en la común soledad española. Y el pueblo, en torno de él, se reía, jugaba, se holgaba, se regocijaba, se gozaba, aunque a las veces llorase y se desesperase; pasaba y se quedaba.

«¡Todo el año es Carnaval!», sentenció el suicida. Sí; pero todo el año es también Semana de Pasión, y es Pascua de Resurrección, y es Pascua de Pentecostés; todo el año es bajada del Espíritu Santo, del Consolador, para el que al espíritu se abre, para el que se abre al pueblo y a la tierra labrantía. Y todo el año es Navidad; en todo él nacen almas puras, en cuyas frentes se alumbran los ocasos. Y uno se fué, llevando en la hondura del alma la visión de la cabecita luminosa del nene a quien se le llevaba a cristianar al pie de la cruz roja de Santiago, del puñal, ensangrentado todo, y la efigie del que en la otra esquina se quitó, hace cerca de un siglo, la vida solitaria. Y una grande, una enorme, una muy honda tristeza se le fundió, se le con-

MCD 2022-L5

fundió a uno con una grande, una enorme, una muy alta alegría, y se le llenó de serenidad el espíritu de pueblo y de tierra. Y es que al enchufarse y concadenarse una en otras, las dos simas, la de dentro y la de fuera, se engendra el orden y el caudal de corriente pura, limpia y clara; se cuela entre zaborra y espumarajos y revoltijo de éstos y aquéllas. Que un bebedizo de sosiego no obra sino filtrado. Y hay que entregarse.

Fué el día de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, y el mismo día en que se conmemoraba la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

(*El Sol*, 22-V-1928.)

MCD 2022-L5

ORILLAS DEL MANZANARES

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

Cruzando los barrios bajos y pasando el barroco puente de Toledo, desde sobre cuyos pretiles, San Isidro y Santa María de la Cabeza, su mujer, contemplan el Manzanares, bajóse uno, pian pianito, a pie, solo y escotero—era domingo—a ese «arroyo, aprendiz de río», que le dijo Quevedo. ¡Aprendiz siempro mozo! Y ¡cómo retozó en las praderas! ¡Pradera de San Isidro! Hace ya más de cincuenta años que uno, mozo también y aprendiz—como todavía—se hizo retratar allí al aire libre, junto a una barraca. Y ahora todavía tiovivos, columpios, gramófonos y olor a fritanga de churros para re-creación de ese buen pueblo bajo, eterno aprendiz. Allí al lado, el arro-

MCD 2022-L5

yo de Corte baja de la sierra por su vaguada, tarareando en un represa la vieja serranilla, siempre joven, de su infancia. Y de la de Madrid.

Era en el tránsito del siglo XVI al XVII, reinando Felipe III, cuando Lope de Vega cantó al Manzanares. En su comedia «Santiago el Verde», «estación que hace Madrid a un soto»; el del Manzanares.

«Pues ¿no te deleita el ver
tantos coches, tan bizarros;
tantos entoldados carros,
tanta gallarda mujer,
y más locas las riberas
del humilde Manzanares
que están los soberbios mares,
con sus naves y galeras?
¿No ves entre estos espinos,
cubiertos de blancas flores,
tanta alfombra de colores
vistiendo rudos pollinos,
que ayer, con las aguaderas,
traían agua, y hoy pasan
ninfas de Madrid, que abrasan
las aguas de sus riberas?
¿Ninfas? Y hasta las «fregonas de Madrid,
con sus rostros sin afeites».
Y luego esta perla:
«Manzanares claro,
río pequeño;
por faltarle el agua,
corre con fuego.»

MCD 2022-L5

Fuego de amoroso holgorio popular, que enciende al soto.

Pasan dos siglos; es el tránsito del XVIII al XIX, reinando Carlos IV. El poeta—del pincel— es Goya. Por los campos de sus lienzos, frescura de praderas del Manzanares. En los de Velázquez, aposentador regio, palaciego de los Austrias, fondos de encinares de El Pardo, abrillantados con luz de secano; en los de Goya, chispero borbónico, luz de regadío, de tapiz de pradera de San Antonio de la Florida. Diríase que había bañado en el desnudo Manzanares la majeza de su desnudez la duquesa Cayetana, la maja desnuda, dechado de la nobleza popular de aquel Madrid aristodemocrático de fines del XVIII. Por el puente del Rey, camino de la Casa de Campo, pasarían sobre el Manzanares, aprendiz de río, María Luisa con Godoy, y aparte, Carlos IV, de caza. Aprendices de destronados.

Pasa medio siglo. A mediados del XIX. Antonio de Trueba, mi paisano — ¡que parece estarle viendo y oyendo! —, publica en 1852 su «Libro de los cantares». Y canta:

MCD 2022-L5

«Vosotros, los que bajáis,
el domingo por la tarde
a bailar en las alegres
praderas del Manzanares,
¿no habéis visto en la Florida,
medio oculta en el ramaje,
la pobre casita blanca
de Antón, el de los cantares?
Sobre su puerta, una parra
sus hojas pomposa esparce,
ora bridándome sombra,
ora racimos brindándome,
y a mi ventana se inclinan
los guindos y los perales
para que su dulce fruta
desde la ventana alcance.
En torno de mi casita
exhalan su olor fragante
siemprevivas y claveles,
azucenas y rosales,
y cuando el alba despunta,
música vienen a darme
entre la verde enramada
de mi ventana las aves...»

Trueba llegó a Madrid a servir en una quincallería a sus quince años—uno llegó a estudiar carrera a sus dieciséis—, y quince después cantaba:

«Quince años ha que discurro
por sus plazas y sus calles;
como mis padres, honrado;
y pobre, como mis padres;

MCD 2022-L5

pero el amor de mi alma
tu noble villa comparte
con el valle solitario
donde me parió mi madre.»

He aquí un modelo de la que Menéndez y Pelayo llamó, no sin dejo de ironía, «la honrada poesía vascongada»; tan honrada como el alma, la madre que la parió. Luego se fué Antón, el de los cantares, el aldeanito de Montellano; se fué de la villa de Madrid, villa aprendiza de corte, donde se hizo hombre y poeta, a la villa de Bilbao, en donde uno, después de haber pasado como aprendiz por la villa aprendiza de corte, le conoció y trató a él, a quien debió sus primeras lágrimas de poesía.

Hoy, en las orillas del Manzanares, ni espinos, cubiertos de blancas flores, ni praderas goyescas, ni guindos, ni perales, ni apenas verdes enramadas. Corre el pobre arroyo, aprendiz de río, abrazando a algunos pequeños alfaques; reliquias de su libertad infantil, ceñida su vaguada por malecones, y cinchado su lecho por taludes de cemento; pobre arteria esclerótica de riachuelo, enfermo de decrepitud. Algunas ropas blancas a secar en las riberas urbanizadas, por

MCD 2022-L5

donde de vez en cuando transcurren rebaños de ovejas por la cañada de la Mesta, recuerdo de edad pastoril e idílica. Unos chicuelos, desnudos del todo, se bañan al sol regocijadamente en el piélago de una hidroeléctrica—¡al agua, gallipatos!—, y luego se irán a jugar a «¡manos arriba!», con pistolillas de juguete y de fulminantes. Los «autos» no bajan adonde bajaban los «coches tan bizarros» y los «entoldados carros» de tiempo de Lope de Vega, ni el «río pequeño» corre ya con fuego. Ni mira ya al Alcázar—Madrid, castillo famoso—, ni al adarve de la Virgen de la Almudena. ¡Pobre arroyo, que antes de haber aprendido a ser río cortesano, metropolitano, lo han canalizado! Ahora, el canalillo esclerótico, encintado en cemento, mira melancólico al rascacielos de la Telefónica. Y corre humilde bajo los ojos de los puentes del Rey, de Segovia y de Toledo, añorando la sierra, su nacimiento, y añorando la mar, su muerte. Que es una misma añoranza.

Baja de la sierra del Guadarrama, de las Pedrizas, donde

MCD 2022-L5

«... el duro invierno encanece
la sien greñuda a los montes.»

decía en la misma comedia Lope de Vega, y baja al llano propiamente manchego, pasando por la villa aprendiza de corte, entre serrana y llanera. Baja gimoteando suavemente a recordarle a Madrid su infancia popular. Baja y se arroja al Jarama, el de los «toros feroces», y el Jarama lo lleva en sus brazos al Tajo. Y en brazos estremecidos del Tajo va a pasar este arroyo de Goya por la hoz del río de la imperial Toledo, la del Greco; del río que sacaba fuera el pecho en tiempos de Don Rodrigo. Y se enlazan dos tragedias, pues también el Manzanares, el que oyó los fusilamientos del 2 de mayo de 1808, el que vió brotar en sus orillas los trágicos caprichos goyescos cuando corría con fuego, sintió la tragedia de la vida. Y el Tajo lo lleva en sus brazos estremecidos a dejarlo, al pie de Lisboa, en la mar de los conquistadores de Indias. «Nuestras vidas son los ríos...» O aprendices de ríos. Las vidas de los hombres y las vidas de los pueblos. Que hasta cuando éstos parecen llegar a vejez—un

MCD 2022-L5

pueblo no tiene edad—, llevan el alma toda de su niñez. Aun entre cincho esclerótico de cemento corre sangre moceril, de fuego. O mejor, infantil y popular, que es lo mismo.

Soñando historia a orillas del Manzanares se siente la llaneza de llanura alta, de meseta, del Madrid llanero, manchego, popular, y se siente su alteza de altura serrana y la cortesía de pueblo bajo, que aprende siempre, y la frescura y la claridad de sus praderías espirituales. Y ¡qué símbolo el del madroño—sin oso—, que hasta embriaga! ¡Llaneza, alteza, cortesía frescura, claridad! ¡Y fuego! Y recuerdos de mocedad, de aprendiz de hombre en corte.

(*El Sol*, 10-VI-1928.)

MCD 2022-L5

MANZANARES ARRIBA
O LAS DOS BARAJAS DE DIOS

Con la visión todavía del Manzanares, metropolitano y arteriosclerótico, fuése uno a buscar la mocedad del río pequeño, y con ella, la de Castilla la Nueva, Manzanares arriba, hasta dar vista y pecho a La Pedriza, en la sierra del Guadarrama. La Pedriza; esto es, pedregal, escombrera de castillos de mano de Dios, naturales. Contemplando algo así, las peñas de Neila, en el alto Tormes, en Becedas, debió de soñar Teresa de Jesús, moza, su soledad con Dios antes de soñarla ante torreones de manos de hombres en Avila, su castillo interior. Aquellas piedras de la Pedriza le recordaron a uno el nombre que en las hoces del Nansa—las «peñas arriba» de Pereda—les

MCD 2022-L5

dan a los conglomerados pedregosos que asoman entre las capas térreas de los arribes, y es el *ciliebros*, o sea: cerebros, seseras. Y seseras o requesones pedernosos —hay los requesones de Miraflores de la Sierra—aparentan a las veces. Y de ellos baja, suero de vida, el agua viva del río Manzanares por un campo escueto y sereno, aromoso a jara, tomillo y cantueso. El río naciente—y renaciente—que se remansa luego en el pantano de Santillana para ofrecer espejo al cielo, y de soslayo a la Pedriza, su madre. Y en ese río pescaban bogas y barbos y samarugos y otros pescados con mandil, *asedega* y manga, o haciendo tajadas y *boclares*—azudes o presas—, los pescadores del siglo XII; el del balbuciente Fuero de Madrid.

¿Piensan esas pedrizas, esos *ciliebros* o seseras? ¿Es el curso del río su pensamiento? ¡Lo de ver quebrarse el agua entre peñascos rodados! Es como contemplar la rompiente del oleaje marino en una costa, o las llamaradas del fuego del hogar o los giros del humo. Juego de solitarios de la baraja de Dios. O de la Naturaleza. Y así va y viene todo—y queda y pasa—en bara-

MCD 2022-L5

juste — bara-ajuste — y desbarajuste alternados.

Pero el Señor juega con dos barajas: la de la Naturaleza y la de la Historia. O la de la historia natural y la de la historia nacional o humana. ¿Cuál más divina? Y allí, a orillas del Manzanares naciente—y renaciente—, junto al Real de Manzanares, poblado y humano, los raigones del castillo de Abderramán, que hizo arrasar Alfonso VI. Nos habla de muzárabes y moriscos, los de Magerit, que con los latinos formaron el Consejo de Madrid, donde ricos y pobres vivieran en paz y en salud, como en su latín bárbaro reza la entrada del Fuero: *unde dives et pauperes vivant in pace et in salute*. Fuero casi bilingüe y en que abundan voces moriscas de aquella tierra de los *guad (wad)* — tal Guadarrama—, o ríos serranos. Y un acento líquido en todo ello.

Y en seguida se yergue, junto al mismo Real de Manzanares, el castillo de Santillana, agobiado de recuerdos seculares. Castillo de mano de hombres, de la otra baraja del Señor. En su mantel de piedra, sacada de la Pedriza, prenden unas esmi-

MCD 2022-L5

rriadas higueras que estrujan jugo dulce de la roca tallada. Dentro del castillo, en su recinto, languidecen ortigas, saúcos, mustias amapolas, pobres matas de varias clases. Las ruinas del castillo contemplan otras ruinas. Barájanse las dos barajas. El castillo, gótico, castillo de Castilla, caballeresco, rima con la melancólica serenidad del campo. Y nos habla de aquel señor y conde del Real del Manzanares, D. Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, el de D. Alvaro de Luna, cuando agonizaba la caballería. Ese castillo, con otros de su laya, dieron cuño caballeresco y castellano, entre gótico y morisco, a la Sierra, antes que El Escorial, después de San Quintín, vencida la caballería castellana, le diese sello imperial, español, herreriano, rígido, majestuoso y monástico. Después de San Quintín, Lepanto, donde se engendró el *Quijote*. Y cuando Don Quijote se caló, al ir a acometer al león, el yelmo de Mambrino en que Sancho había puesto los requesones que compró a unos pastores, creyó que se le ablandaban los cascos o se le derretían los sesos. Se le ablandaron los cascos, se le derritieron los sesos—los *cilie-*

MCD 2022-L5

bros — a la caballería andante castellana ante el león — más bien águila — imperial. Otro solitario del barajuste nacional.

Aquel marqués de Santillana, conde del Real de Manzanares, se puso a toque con el pueblo y compuso serranillas. De letrado culto. No le tratarían como al pobre junglar, al *cedrero*—tañedor de *cedra* o cítara—que al llegar, caballero—a caballo— a Madrid, a cantar en el Concejo—«cavalero, et in conzelo cantare»—, no podían, según el Fuero, darle más de tres «morabetinos» y medio, bajo pena de multa. ¡Pero el marqués!...

Por todos estos pinares,
nin en Navalagamella,
non vi serrana más bella
que Menga de Mançanares...

Y entra con ella a brazo partido, a luchar en una espesura a dos pares, y...

con muy grand malenconía
arméla tal guadamaña
que cayó con su porfía
cerca de unos tomellares.

MCD 2022-L5

¡Zancadilla fué! Marqués y serrana se revuelcan, a brazo partido, en tomellares. Y en la lengua revuélcanse juntas voces de letrados y voces de pueblo, de paisanos. Y nace la nación.

Paisano es el del país, el del pago, el hombre natural, de Dios, que se hace luego nacional, histórico, más humano y más de Dios. El país y la lengua también se revuelcan sobre la tierra de tomillos y jaras y espliegos y cantuesos y gamonas..., y hacen el paisaje y el lenguaje. El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje. Y en éste el agua es el acento musical. Canta el agua del Manzanares naciente con acento castellano, latino, gótico y morisco, como el del Fuero de Madrid. Canta en ese paisaje castellano el agua que, entre sobrios y escuetos arbolillos, baja de los cascos de la Sierra de Guadarrama, de la Pedriza. Y al oírle cantar se le suben a uno de las entrañas de la tierra madre de España ocho siglos que le remozan a quien les oye con el corazón. ¡Y qué cosas balbuce el Fuero en su lenguaje paisano! El prado de Toía... «sedeat defesado desde la

MCD 2022-L5

fonte del mazano quomodo se adjunctan los arroyos inde ad iuso usque al fondon de los ortos quod esterminaron los sabidores del conzeio et sedeat semper per foro per a la obra del adarve». Y sueña uno en la dehesa de la villa, el prado acotado, de la fuente del manzano, junto al Manzanares, donde se juntan los arroyos de los valles hacia abajo, hasta el hondón de los huertos que determinaron los sabedores del concejo de Madrid para ayudar, por fuero, a la obra del adarve de la Almudena.

Así nos hablan la Pedriza de Guadarrama, los pedregales de la Sierra castellana, los castillos caballerescos, las serranillas del Manzanares, los balbuceos del Fuero del concejo de Madrid; así nos hablan el paisaje y el lenguaje castellanos, naturales y nacionales. Después se oye la voz de Iñigo de Loyola, la de Don Quijote, y el rasgueo de la pluma de águila enjaulada de Felipe II. Lo que nos enseña, re-creándonos—y nos re-crea enseñándonos a ser hombres — el contemplar la naturaleza como historia y la historia como naturaleza, el paisaje como lenguaje y el len-

MCD 2022-L5

guaje como paisaje, las pedrizas como castillos y los castillos como pedrizas, y sentir cómo Dios, el Supremo Solitario y Hacedor, juega a sus solitarios con las dos barajas, la natural y la racional, barajustándolas y desbarajustándolas arreo.

(*El Sol*, 26-VI-1928.)

MCD 2022-L5

CASTILLOS Y PALACIOS

En el Canto del Pico, en Torrelodones, en la morada del conde de las Almenas, entre Madrid y las serranías castellanas. A lo lejos, tendida, la villa que ha sido corte. Y desde allí, contemplándola fundirse en el campo, se cobra sentido de que Madrid, que está a 600 metros sobre el nivel del Mediterráneo, es también cima; que toda Castilla es cumbre, y algunas de sus ciudades, tal Avila, dechado del castillo interior de Santa Teresa de Jesús, bien encumbradas; que Castilla, y con ella Madrid, pujan al cielo. Que de noche baja a acostarse en ella. Cuando, ya anochecido, volvíamos acá, sobre los reverberos madrileños brillaban las constelaciones, el

MCD 2022-L5

Carro, la Bocina, la Silla de la Reina, el Carro Triunfante—o sea Orión—, llevando a las Tres Marías, y a ras de tierra, junto al farol de un «auto» lejano, Sirio, silencioso y como si eterno.

Allí, en el Canto del Pico, las encinas casadas a los berruecos, tan de las entrañas rocosas de la tierra las unas como los otros, y envueltos en la misma luz que reviste a los follajes y a los peñascos. Y paisaje, celaje y paisanaje, todo en uno, castellanos. Que allí se remansa y se eterniza la Historia, no la que pasa, sino la que se queda y enraíza en peña humana.

Y en torno, ciñendo al campo roquero, las sierras. Gredos; allende, Castilla la Vieja, leonesa, la del Duero y el Cid; y aquende, la Nueva, manchega, la del Tajo y Don Quijote. Y Guadarrama y la sombra del marqués de Santillana. Levántanse las sierras como bastiones contra el cielo. ¿Contra? Sí, contra, porque el cielo —así lo dice la Sagrada Escritura—padece fuerza, y la fuerza se entra en él por la poterna de la fe reconquistadora. Creería-se que detrás de aquellos bastiones turquinos no hay nada más, ya puesto el sol,

MCD 2022-L5

que el velo dorado del infinito antes de que empiecen a nacer las estrellas.

A lo lejos, Madrid... «Madrid, castillo famoso—que al rey moro alivia el miedo...»—. Al rey moro, puede ser; pero ¿a los reyes que, acabada la reconquista contra la morisma, empiezan la Contra-Reforma? Madrid dejó de ser castillo, y talado el madroño en que se apoyaba el oso—¿el de Don Favila?—, se hizo palacio. Castilla fué la de los castillos, la de los castillos roqueros hechos con las entrañas de ella. Castilla castellana, de castillos y no de palacios, no palaciega ni palaciana. El Palacio Real, borbónico ya, no es un castillo; castillos eran los de D. Alvaro de Luna; castillo era el de La Mota, de Medina la del Campo. Castillo es—hasta etimológicamente—un pequeño castro, un campamento chico. No le cabe a uno figurarse al pie de un castillo al conde-duque de Olivares, y si Velázquez le pintó sobre el fondo de campo castellano, madrileño, esto no es más que decoración—espléndida decoración velazqueña—, como no eran más que decorativas las cruces pegadizas y quitadizas que brillaban sobre las pe-

MCD 2022-L5

cheras de palaciegos y cortesanos. Y el Palacio Real de Madrid, ¿alivió el miedo a los Borbones palaciegos? ¿Poner puertas al campo? Sí, como la monumental Puerta de Alcalá, la de Carlos III, escénica y académicamente decorativa—tal un fondo de Velázquez, el aposentador regio—, pero que no ha cerrado nada.

Con Carlos V se acaban los reyes castellanos; que ni aun él, debelador de los comuneros de Castilla, lo fué en rigor. Su hijo, covachuelista, se encierra a morir en El Escorial, que no es ni castillo ya ni todavía palacio, sino monasterio; no torre de templarios belicosos, sino convento de comunidad de jerónimos pacíficos para el esplendor del culto litúrgico. Siguen los reyes sedentarios, Austrias y Borbones, más cortesanos que sus cortesanos mismos, más palaciegos que sus propios palaciegos. Su único roce y toque con el campo, la caza, de costumbre, pero caza cortesana, de etiqueta y casi de liturgia. Y así llegó a agonizar la realeza, ya no castellana, aunque acaso chulesca, entre las encinas del Pardo. Entre esas encinas graves del Pardo rindió su alma Alfonso XII gi-

MCD 2022-L5

miendo: «¡Qué conflicto! ¡Qué conflicto!» De escolta de su última agonía, Cánovas del Castillo y Mateo Sagasta.

Desde el Canto del Pico se columbran ruinas de algún castillo, y se puede soñar a ojos abiertos y bajo el cielo la ruina de la Castilla castellana, la de los castillos medievales. Pero quedan los berruecos, quedan las encinas, como con raíces jugosas aquéllos, berroqueñas ellas. Y quedan las sierras, tronos y altares; tronos y altares de un pueblo que siempre, a sabiendas o no, puja al cielo. Que si apoyándose en un credo religioso, cuajado y remachado ya, se puede tratar de domeñar a un pueblo necropolíticamente, cabe con una biopolítica—que es cosmopolítica—esforzarse en dar vida a un credo religioso nacional que haga que el consuelo de haber nacido sea para los españoles haber nacido en España, de España y para España y su Dios. Las encinas al pie de los berruecos, cantera antaño para sillares de castillos, me parecían cruces, cruces de leño arraigado en roca, cruces vivas y hojosas de un cristianismo ibérico y aboriginal. Y volví a soñar en seguir soñando una España

MCD 2022-L5

eterna e infinita, y en fuerza de soñarla, hacerla, que es milagro de fe.

Y allí, en la morada del Canto del Pico, de Torrelodones, sin agonía, en tránsito indoloroso y raudo, al pie de una escalera de sillares, al ir a pasar de la casa al campo abierto y peñascoso, del recinto hogareño al aire suelto, salió de esta vida a la de siempre D. Antonio Maura. Cerca de siete años después, el último Borbón, tirador de pichones, cortesano y palaciego, chulo, mas no castellano, tenía que dejar, a regañadientes, su Palacio Real y salirse de nuestra Castilla española, de nuestra España, de nuevo reconquistada.

MCD 2022-L5

DESDE ALTURAS DE TIERRA

No, no cabe mantenerse en una tal tesón seguida y por tesonero que se sea, pues también la yunta de bueyes se gasta más tesando que no tirando del carro. Pero ¿dónde ampararse a derretirse en el ámbito de Madrid veraniego? El Retiro, la Moncloa, la Casa de Campo, la Sierra...; pero ¿y el páramo?, ¿el descampado campo manchego, quijotesco? De aquel Don Quijote a quien le tiró su estrella, su sino, desde la cuenca del Guadiana a la del Ebro, a Levante, como al Cid, su hermano mayor, de la del Duero a la del Jalón, a Levante también, a la cuna del sol ibérico.

Heme ido, pues, no a soñar, sino a leer sueños, al aire libre, en el cielo espacioso

MCD 2022-L5

de la puesta del sol, desde las alturas de encima del Hipódromo. De un lado, Madrid urbano tendido bajo ese cielo espacioso, al pie del Guadarrama, y de otro, campos, no ya desnudos, sino desollados. Chamartín adelante. Campos terreños. (Aunque a este adjetivo le confine la Academia en dialectismo riojano.) Campos terreños de sola y pura tierra, de tierra de cocer ladrillos y pucheros más que de pan llevar; de tierra con maleza rala y escueta donde se arrastra el simbólico cardo borriquero. Campos terreños, sin verdura, que se encaran con el cielo desnudo; campos sedientos que se abren en socavones y cárcavas. Tierras de destierro, descampados para campamento de gitanos y buhoneros y vagabundos; picarescas escurriduras de la civilidad al margen de la urbe ensanchada.

Del barro de esa tierra—del que se hizo a Adán—se hicieron adobes y ladrillos. De ladrillo las propias construcciones, a modo mudéjar, de los indígenas albañiles madrileños. Albañiles y no canteros. De cantería Santiago de Compostela y Avila y Salamanca, y otras ciudades así. El Madrid

MCD 2022-L5

castizo y propio, de tierra cocida. Así se hizo también la Torre de Babel. Las ciudades y villas de roca, berroqueñas, de berrueco o barrueco, resultaron barrocas. Pero mirando al Madrid ensanchado desde estas alturas de sobre el Hipódromo, las cúpulas, pingorotas y cimborrios barrocos se pierden ya en un dédalo de terrazas y terrados rectilíneos de corte cubista. No ya arabescos, sino grecas; no ya virutas, sino escuadras. Pero cerrando el escenario la Sierra barroca, rocosa, aserrando la bóveda celeste.

Se ha puesto ya el sol bajo el cielo espacioso, que se ha espaciado más al ponerse aquél, sin duda para abrir más campo a las estrellas. Y todo el escenario se ha hecho más teatral. La Sierra y la serie de bastidores del nuevo caserío de este Madrid moderno parecen bambalinas. Creeríase que detrás de ellas no hay sino el vacío insondable. Y es un espectáculo, a la vez que teatral, dramático. Dramático por lo que sugiere y sugestiona. Le realza la iluminación fantástica de una gran urbe. Fantástica y eléctrica. Y suelta y resuelta la fantasía, sin hilo, empieza a resoñar

MCD 2022-L5

las bambalinas que se han derrumbado en este escenario; las de la Corte, las del Ejército, las de la Iglesia... ¿Qué queda en pie sobre el tablado? En estas mismas alturas, desde el Instituto Nacional de Física y Química — Fundación de Rockefeller—, templo de la ciencia, de encendida encarnación, a escuadra también, de ladrillo, vió un día D. Gregorio del Amo, generoso donante de otra fundación cultural, vió, transido de congoja, alzarse al cielo la humareda de las hogueras de la quema de conventos de Madrid. ¿Qué pensaría? Ardían unas decoraciones. ¿Y las otras, las nuevas, las últimas?

¿Qué irá a salir de esta pequeña Babel manchega? Vuélvese uno de espaldas a la puesta del sol y se queda mirando hacia Levante, los campos terreños, quijotescos, las tierras resecas y desolladas. Y acuérdase de aquel cuarteto burilado en el inmortal soneto de García Tassara:

> Campos desnudos, como el alma mía,
> que ni la flor ni el árbol engalanan;
> ceñudos al nacer de la mañana;
> ceñudos al morir del breve día...

MCD 2022-L5

Mas al recordar lo de «que ni la flor», baja uno la vista a que tropiece con la humilde flor del cardo. ¿Qué agua le riega? Pues hasta para dar espinas y abrojos hace falta riego. ¿Qué aguas profundas, soterrañas, sostienen esta rala y escueta maleza? ¿Y de dónde en secano saca su fresco jugo la sandía?

Cayeron unas bambalinas y se levantan otras; empiezan a vaciarse unos templos y a llenarse otros. Y todo ello, más que sobre campo de naturaleza, sobre tablado de arte. Tablado..., tablado... En seis tablas de arte, de leño de árbol muerto, se le entierra a uno en tierra de naturaleza. Los hombres de las ciudades calzaron a éstas de losas por ni pisar yerba, decía Obermann. ¡Esas aceras que van a los arroyos muertos de las calles urbanas, y esos ribazos floridos que van a los arroyos vivos de los campos campesinos! ¡El agua que canta y cabrillea a la luz, y no el agua, casi mecánica, que va por tuberías, contadores, canalillos y sumideros!... Aquí, en esta altura, pasa un canalillo, y en sus bordes unos chopos apenas si se estremecen, pues el aire de bochorno pesa inmo-

MCD 2022-L5

vilizando la escena. La película se ha parado y es una instantánea que se queda. Como sonoridad, el cuchicheo de los gorriones que se refugian en una enredadera de yedra contra el ladrillo. Y uno vuelve a mirar el vasto escenario y a pensar que en el teatro no caben niños, pues ¿quién les amaestra a llenar un papel prescrito?, aunque sí mozalbetes. Y la falta de niños es la mayor falla del teatro. La falta de niños es falta de eternidad.

El último gran bastidor de fondo, el contrafuerte de la Sierra, empezaba a nimbarse de estrellas, que, descorrido ya el telón de engañoso cielo azul, de que sólo quedaba, pálida reliquia del día, una hoz lunar, derramaban su entrañada luz propia. En el firmamento sin fondo—el empíreo de los antiguos—, las constelaciones de siempre, y perdida entre ellas nuestra estrellita polar, la boquilla de la Bocina estelar y silenciosa. Y al recuerdo de aquellos dos versos del poeta mejicano Díaz Mirón:

> y era como el silencio de una estrella
> por encima del ruido de una ola,

MCD 2022-L5

retiróse uno a su celda—célula—a resoñar en las pintadas bambalinas de nuestra historia terrenal y en sus esquemas y en sus derrumbes. Y en el destierro final de uno que será su entierro.

(*El Sol*, 18-VIII-1932.)

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

DOS MERCADOS

BIBLIOTECA PÚBLICA
GUADALAJARA

Sacándole de ese mercado y trocadero de opiniones—que no de ideas—, llévale a uno otro menester público a por donde transitaba, estudiante, hace medio siglo, en rolde a la Universidad llamada Central. A respirar frescor de recuerdos. No había uno entrado, antes de como diputado, más que dos veces en el Congreso de ellos, y ninguna siendo estudiante, en la era de Cánovas y de Sagasta. Ni siquiera leía entonces en los diarios las sesiones de Cortes. Y ahora, al recorrer aquellos barrios, ¡qué de emociones! Esa calle del Pez, zigzagueante como nuestro pensamiento de los dieciocho años, cerrando en redondo el horizonte, sin huídas de vista

MCD 2022-L5

a campo o plaza. ¿Se encontrará uno allí la sombra del que fué o su ensueño? Y al final de la calle, en un recodo de su desembocadura, aquella misma casita baja, de un solo piso, y la librería de viejo o de ocasión. Aquellas librerías oliendo a polilla, en que comprábamos tomitos de la Biblioteca Universal... Y en la calle, caleidoscopio de transeúntes, y al pasar, cachos de conversación, frases sueltas; un «¡Hombre, no!», o bien: «¡No, mujer!» Con esos pedazos se le hace a uno un poema. ¡Y qué nombres de calles! Jesús del Valle, la Cruz Verde, Andrés Borrego... ¿Quién sería este señor que se ha quedado en la calle? Y después de haber echado de ella a los Panaderos que en mis mocedades le daban nombre. ¿Convendría, como propuso Trueba y en parte lo cumplió al hacerse el Ensanche de Bilbao, poner en el rótulo de cada calle, bajo su nombre, un dístico explicativo del personaje epónimo?... O siquiera, como hemos visto en Portugal, su profesión: literato, poeta, pintor. músico, general, ministro, concejal, héroe, millonario, etc., etc.

Una mañana por la Corredera Alta de

MCD 2022-L5

San Pablo, de que parte la calle del Espíritu Santo. ¡San Pablo y el Espíritu Santo en la calle!... Y allí otro mercado — no aquél—, pero al aire y a la luz libres y sin taquígrafos. Un mercado de verdura, hortaliza, fruta y víveres modestos. Patatas, cebollas, tomates, cerezas, pepinos, peras, melocotones, abrideros, ciruelas, coles, repollos, higos, zanahorias, huevos, pollos pelados... Recreo de colores vivos para los ojos. Alegre verde de fréjoles y rojo amarillo, y también el morado de la berenjena y de la lombarda. ¡Qué de colores y qué de matices!... Y uno no puede menos que sonreírse al pensar las veces que en el otro mercado oye mentar matices. Y que cuando dicen matizar parecen querer decir, por metátesis, tamizar. ¡Matices y fórmulas!... O formillas. A las que otros llaman pasteles cuando son más bien encurtidos. Pues muchas de esas enmiendas de fórmulas son como guindas en aguardiente o aceitunas aliñadas. O algo peor: fruta en conserva. O, si se quiere, en lata. Fruta muerta.

¿Por qué los pintores franceses — se va uno pensando—llamarían «nature morte», que hemos traducido por «naturaleza muer-

MCD 2022-L5

ta», a lo que aquí se le llamaba bodegón? ¡Naturaleza muerta! Pero la naturaleza muerta del mercado callejero y popular de la Corredera Alta de San Pablo es una naturaleza tan viva como el pueblo que la trafica y cuida. En cambio, en el otro mercado el espíritu muerto no está muy vivo, aunque se agite. Los verdaderos políticos cultivan sus hortalizas ideales, las abonan, las escardan, las seleccionan. Son los partidarios—que no políticos—los que las encurten o las conservan en latas o en frascos. ¡Y cuando se meten en un berenjenal! Como ese del Estatuto.

También esta palabra de moda: «Estatuto», atrapé al pasar, de boca de uno de los vendedores de fruta. La había leído acaso en un periódico atrasado de aquellos que tienen allí, en su tenderete, en un cesto, para envolver su mercancía. Periódicos en que suele venir envuelta la otra mercancía, la de la frutería parlamentaria. Pero para el buen frutero de la calle, para los demás de la corredera, ¿que podrá querer decir «Estatuto»? Acaso como «la caraba» o «la oca». Un término de «astracán». Y, sin embargo, hay por ahí, por esas

MCD 2022-L5

calles, hombres y hasta mujeres de la calle que se encienden al hablar de eso que creíamos que nada le importaría al pueblo. Los listos, los avisados, creían que al buen pueblo bajo de la capital le interesaría más lo de la reforma agraria, por si ello hacía subir o bajar las «subsistencias»—otra palabrita que se puso de moda no hace mucho—. Pero ¡quiá! El Estatuto le cosquillea más que la Reforma. Acaso porque siente oscuramente que de poco sirve reformar sin refundir. Y luego, este pueblo de las correderas rechaza ciertos procedimientos. ¡Qué mal le conocen los que se burlan de la marcha de «Cádiz»! Esos que venden y compran huevos en la Corredera Alta de San Pablo sienten el fuero nacional. Y es grave error querer explicarse los movimientos — a las veces histéricos—de esas muchedumbres por la concepción llamada materialista de la Historia. Esta no explica así ni la escena épica del Parque de Monteleón ni las contiendas civiles y los motines y las revueltas de nuestro siglo XIX. ¿Que no saben por qué se mueven? ¿Lo saben mejor acaso los otros, los que salieron de entre ellos, en-

MCD 2022-L5

tresacados, para ir al mercado cubierto y cerrado de las opiniones políticas? Y le llamamos mercado por aquello del comercio de las ideas, de su cambio, no por otra cosa. ¿Y qué es un pacto sino una transacción de cambio, con chalaneo y regateo?

Y de pronto le asaltó a uno — ¿cómo?, ¿de dónde?, ¿por qué? — aquella terrible sentencia de Kierkegaard de que la cristiandad está jugando al cristianismo. ¿Y no estará, dentro de ella, jugando nuestra nación al nacionalismo, jugando nuestra República al republicanismo? Y pues la vida es juego, juguemos a los conceptos. Que así se mantiene verdor y frescura de espíritu.

(*El Sol*, 14-VII,1928.)

MCD 2022-L5

SALVE EN ATOCHA

Un recuerdo le hizo a uno encaminar sus pasos—romero de la Historia—al antiguo santuario de Nuestra Señora de Atocha, donde hace ya medio siglo visitó el sepulcro de Prim. En el lugar mismo en que, cadáver reciente, fué a verle, el último día del año 1870, el rey Don Amadeo de Saboya, hijo del que coronó la unidad de Italia. La víspera había éste desembarcado en Cartagena, y había sido asesinado el caudillo de la Revolución. ¿Por quién? En rigor, por el entonces embrionario cantonalismo que en Cartagena culminó luego.

Allá enderezó uno sus pasos, al Pacífico. ¡Qué nombre! El monumento a Vara del Rey y los héroes del Caney—que no ha ol-

MCD 2022-L5

vidado—, y en el pedestal, con letras rojas: «¡Viva Rusia!» Y luego, la nueva basílica, que nos era desconocida. Por sugestión, sin duda, del nombre basílica, la han fabricado de un presunto, presumido y presuntuoso estilo bizantino. ¡Bizantino, y en un arrabal de Madrid! Y ¿el viejo santuario, el que buscábamos? Lo derribaron en 1901, y ya, ni ruinas. Era de Nuestra Señora de los Atochales o de Atocha; es decir, del Esparto, templo de dominicos, donde éstos dicen que se enterró a fray Bartolomé de las Casas, el apóstol de los indios occidentales. Y donde se guardaban las banderas de los ejércitos que lucharon contra el turco, o en América, o en Africa, o los de la Independencia.

Entramos en aquel panteón, que dicen ser nacional, de hombres ilustres. De caudillos, de políticos y de víctimas. Allí, Palafox y Castaños, los de la Independencia; y Ríos Rosas, y el marqués del Duero, el de nuestra guerra civil; y con Prim, el de Africa y América, el que cayó a las puertas del Congreso. Las otras tres víctimas, Cánovas, asesinado veintisiete años después, en vísperas del ya mítico 98, y Ca-

MCD 2022-L5

nalejas, quince después, en 1912, y nueve más tarde, Dato, en 1921. Y allí también, Sagasta, que se murió en la cama, y eso habiendo estado de joven condenado a muerte. El guardián de ese panteón bizantino recita la retahila de cajón, sin que falte lo de que los ingleses darían no se sabe cuánto por aquel obrero que figura al pie de la estatua yacente de Sagasta. El sepulcro de Prim es el que es de iglesia española, el que recuerda los de nuestras catedrales.

Al salir del panteón para ir al santuario columbramos a lo lejos, en la desnuda campiña, el cerro de los Angeles, el que pretende ser el ombligo topográfico de España, donde se alza el monumento al Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús. El Sol, un sol de justicia, le percudía. Y entramos al santuario, queriendo recordar el que hace medio siglo habíamos visitado. Sólo queda la imagen de Nuestra Señora, la de Atocha, la del Espartal. Una imagen de virgen española, castellana, morena, de color de tierra quemada. No sabemos que fuera nunca verdaderamente popular en Madrid, como lo es la Virgen de la Palo-

MCD 2022-L5

ma; virgen de verbena de barrio, de barrio de menestrales y artesanos; virgen manola, madre del manolo. La de Atocha, la del Espartal, se hizo palaciana, como la de la Almudena, la de las praderas del Manzanares. Hoy la ciñe no un barrio de menestrales, sino un arrabal de obreros, debido al ensanchamiento de la urbe metropolitana.

A este santuario solía ir la familia real los sábados a rezar una salve; allá, adonde se reservaba último descanso a las víctimas de la lealtad monárquica. Allá se iba la familia real, bien escoltada, a unir sus rezos a los que en latín cantado gemían y lloraban en este valle de lágrimas—«gementes et flientes in hac lacrimarum valle»—, y pedían a Nuestra Señora del Espartal que después de este destierro nos muestre a Jesús. ¿El del cerro de los Angeles o el otro? Después, esa visita de salve era al Buen Suceso. Buen Suceso dice otra cosa que Atocha, y el lugar no es tan netamente manchego, tan escuetamente terreño.

Y allí, en la basílica de la litúrgica salve cortesana, pasaron sobre uno las visiones

MCD 2022-L5

de esa pesadilla de Dios, que es la historia de nuestro siglo XIX, desde la guerra de la Independencia, desde Fernando VII, que tiene en Atocha su recuerdo—Palafox, Castellanos—, y luego, la primera carlistada, de que uno fué testigo—niño vió, subido sobre un banco, entrar en Bilbao a levantar el sitio al marqués del Duero, que poco después caía muerto en el campo de batalla—, y luego, la Restauración—Cánovas y Sagasta—, y luego, la Regencia, y después, el reinado del último rey de España, con Canalejas y con Dato. En aquel panteón bizantino, en que no hay restos de un artista, de un literato, de un hombre de ciencia, de un inventor, de un gran industrial; en aquel panteón de caudillos militares, y sobre todo de víctimas, nos llegaban los ecos de la «Salve». No del *Tedéum* ni del *Dies irae*. Salve a la Reina y Madre de la Misericordia. ¿Cómo a esos que gritan, sin saber lo que gritan, «¡Viva Cristo Rey!», no se les ocurre gritar «¡Viva la Virgen Reina!»? Porque esto tendría muy otro sentido. Y muy otro sentimiento.

Nos volvimos al Madrid de la Virgen de la Paloma; de la paloma de paz, de la pa-

MCD 2022-L5

loma inmaculada, sin mancha de sangre, pensando en los que esgrimen la cruz como martillo para machacar infieles; pensando en la vida, en la dulzura y en la esperanza; pensando en el culto que el pueblo, eterno niño, rinde a la Madre. Y ya abatido el día, mirando a la estrellada de sobre la soledad del campo, se percata uno de que toda aquella pesadilla de Dios se fué en un ¡amén! Así pasa la pena del mundo: en un ¡así sea!

MCD 2022-L5

JUNTO AL ARROYO

Sacudiendo la siesta, de bochorno canicular, y a falta de las antaño llamadas «imperiosas vacaciones del verano», vase uno a vacar y a vagar por el viejo Madrid, provinciano y municipal, es busca de recuerdos, engendradores de esperanzas. Y a descubrirlo. Porque le fué un descubrimiento el de aquella plaza, hoy del Marqués de Comillas, antes de la Paja, que se tiende detrás de la iglesia de San Andrés. No cree uno haberle antes visto nunca, pues ¿cómo si no haberla olvidado? Y allí, la capilla del Obispo, en aquel palacio señorial, sereno, con su noble galería, que atalaya la plaza, que baja en vertiente a la calle de Segovia, cauce urbano afluyen-

MCD 2022-L5

te al Manzanares, donde se tiende la puente segoviana. ¡Qué bien se llamó arroyos a los cauces de las calles populares! Y ¡la frescura de las voces del arroyo! En el fondo bajo de la plaza, uno de esos huertos murados, que ponen su verdor entre las piedras de las calzadas.

La plaza inspiraba sosiego. Sentados en unos bancos, fuera del bullicio de las vías, por donde trajinan tranvías y «autos» —esos «autos», que suelen llevar a algunos que, atacados de topofobia, van huyendo de todas partes—; en aquellos bancos descansaban mortales que nada esperan, y alguno acaso cansado de tener que descansar. En uno de los bancos, una madre joven, novicia en maternidad, al parecer, recogía en su regazo a un niño, que dormía, y la madre, inclinando la cabeza, dormía también. Eran dos sueños conjugados, y madre e hijo soñaban, de seguro, lo mismo: reposo. Y las bocas, dormidas, sonreían en sueños.

De la plaza de la Paja entróse uno en la del Alamillo; más que plaza, un callejón sin salida, enteramente lugareño. Unos arbolitos entecos. En medio de la plazuela,

MCD 2022-L5

cerrada, jugaban a las cartas—una baraja mugrienta—dos lugareños. Y otros seguían como mirones el juego. Y ninguno de ellos pareció conocerle a uno, ¡gracias a Dios Padre! ¿Popularidad? ¡Bah! Lo apetecible es pueblería, no plebeyez. Poder mejerse a la muchedumbre, al pueblo, como uno de tantos, como un pueblero más, desconocido y sin nombre. Sin ese nombre, que suele pesar tanto. Tanto como uno se pesa.

En aquella plaza del Alamillo, sin más salida que la entrada, se le vino a uno a las mientes lo de «En un lugar de la Mancha...», y al hilo del ensueño, lo que habría sido la infancia de Alonso Quijano, el Bueno; esa infancia, que es el misterio de la quijotería española. ¿No es Madrid un lugar? Se le siente cuando a la hora del alba se ve cruzar un rebaño de ovejas por ese cordel de la Mesta que es el paseo de la Castellana. Que todo eso no es la Puerta del Sol, con su reloj gubernativo—y gubernamental—, que da las horas oficiales. En el callejón cerrado del Alamillo, las horas no dan, sino que se deslizan. ¡Aquel reloj de la torre de la iglesia de Urruña, en tierra vascofrancesa fronteriza, con su

MCD 2022-L5

letrero de «Omnes feriunt, ultima necat»; ¡todas hieren; la última mata! Recuerdo que le llevó a uno a remembrar las tardes estivales del destierro de París, cuando se iba a cocer soledades en aquella placita de los Estados Unidos, junto a la pensión de paso, o a estrujar dulzor de recuerdos lejanos—¡Plaza Mayor de Salamanca!—en aquella plaza de los Vosgos, sin «autos» ni tranvías, para nietos y abuelos, donde murió el abuelo Víctor Hugo.

Se baja de la plaza de la Paja; se cruza el arroyo—seco—callejero de Segovia, y al subir a la de la Cruz Verde, otro descubrimiento. Aquella fuente, mural y modestamente monumental, rematada en los delfines, que escoltan a una matrona mítica cualquiera, y con una lápida, de que se han arrancado las letras, que le hacían decir cualquier cosa, como si no bastase lo que el agua al correr, cuando corra, diga. Y allí al lado, la calle de la Villa, no de la corte; villa de nobles villanos, villa provinciana, de provincia capital, vencida por España, y a España entregada y de corazón rendida.

Salióse uno luego a la calle Mayor, arte-

MCD 2022-L5

ria que fué entre la villa y la corte, y por esa calle fluye caudal del pueblo. Gente que baja hacia la puesta del Sol—desde la Puerta del Sol—a refrescarse la vista con el verdor de la Casa de Campo, y entre esa gente, parejitas atortoladas, y le refrescan a uno la vista ellas, las muchachitas, en atavío veraniego y ligerito, y hace que al cruzarlas se sienta el ritmo de su respiración y el vaho tibio de su transpiración. Tibio, pero a la vez, por íntimo y paradójico contraste, fresco, con frescor de rocío mañanero. Que también el botijo, tan popular y tan pueblero, transmana frescura al sol. Un hálito de alegría contenida y dulce, de contento de vivir mocedad. Y un aire de bienestar que no se sentía antaño. Y es que el tenor de vida de los bajos, de los humildes, se ha alzado, mientras ha ido bajando el tren de vida de los altos, de los altaneros.

¡Ay, aquellos años de las melancolías estudiantiles de uno, hace medio siglo—en la llamada Restauración—, en este Madrid, que ya uno, en la puesta de su vida, empieza a descubrir! Fuera de los bulevares, y su bullicio mecánico, y de esas grandes

MCD 2022-L5

vías, americanizadas, en viejas plazuelas, provinciales y municipales, lugareñas, va uno espiando miradas de niños—¡cosas de abuelo!—por si columbra en ellas algo del misterio quijotesco de Alonso Quijano, el Bueno, el del lugar de la Mancha. Y el otro mayor misterio, el de la niñez de Don Quijote, como tal Don Quijote, que también la tuvo. Y piensa uno si el pastor que conduce su rebaño por la cañada de la Mesta, que es el paseo de la Castellana, al rayar el alba de Castilla, no descenderá en linaje de aquellos cabreros, que oyeron encantados al caballero.

Yendo por las calles y callejas, junto a lo que se llama el arroyo, para sentir en pueblería, íbase uno tramando, lápiz en mano, notas para este comentario. Dios se lo pague al pueblo municipal.

(*El Sol*, 31-VII-1928)

MCD 2022-L5

LA CIBELES EN CARNAVAL

«Todo el año es Carnaval», decía Larra, el suicida, hace un siglo; en revolución o guerra civil, que es igual, española. Todo el siglo ha sido Carnaval, y sigue siéndolo, podríamos añadir. Y ¿es que lo que se suele llamar revolución, sarta de motines y de pesadas bromas, legislativas y ejecutivas, no es también algo carnavalesco? Dícese otras veces que el Carnaval, sobre todo el callejero, el del consabido hombre de la calle, agoniza, y es porque le devora el otro Carnaval. En ambos, un holgorio forzado, de disfraz, pirueta y tunantería o de pedigüeñería. Y ahora, serpentines de papel en uno y en otro. Y el imaginarse que

MCD 2022-L5

por romper, siquiera en apariencia, la continuidad cotidiana de la costumbre con una pequeña y periódica revolucionzuela se intensifica la vida pública y se la renueva. En tanto, los actores, revolucionarios, con sus máscaras, se aburren soberanamente de jugar a la soberanía popular. Y al cabo, en uno y otro Carnaval llega el miércoles de ceniza; se quedan por el suelo, entre polvo o fango, no hojarasca ni flores marchitas—nada de batalla de flores—, sino papelitos, más o menos constitucionales y escurriduras del paso de las comparsas, y acuérdase el hombre de su casa de que es polvo, y a poco que llueva o se desangre, fango.

En todo lo cual íbamos pensando al dar la salida—o entrada—del coso carnavalesco del Madrid de hoy. Recoletos y el paseo de la Castellana, con su serenidad Cibeles, madre de los dioses mayores, que se alza, sentada en su carro, sobre un pequeño estanque, en que se refleja. ¡La Cibeles! Eulogio Florentino Sanz, en aquella su «Epístola a Pedro», que escribió en Berlín—era el ocaso del romanticismo—, decía lo de que

MCD 2022-L5

«Lejos de mi Madrid, la villa y corte;
ni de ella falto yo porque esté lejos,
ni hay piedra allí que no me importe;
pues sueña con la patria a los reflejos
de su distante sol el desterrado,
como con su niñez sueñan los viejos.
Ver quisiera un momento, y a tu lado,
cual por ese aire azul nuestra Cibeles,
en carroza triunfal rompe hacia el Prado,»

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA -

¡El aire azul de Madrid!

Mirábamos no romper hacia el Prado, como antaño, sino hacia el centro de Madrid, hacia la Puerta del Sol; a esa serenísima matrona marmórea, arrebozada en aire azul y soleado. De su carroza, con sus ruedas solares, hacen como que tiran dos leones antropomórficos, distraídos, como si se vieran desdeñosamente y con una mueca carnavalesca. ¿Estarían desdeñando el Carnaval del año y al del siglo? De seguro que a aquellos otros leones, éstos, de bronce, que no uncidos a carro—ni al del Estado—, hacen guardia, apoyándose en unas bombas, en la escalinata del Congreso de los Diputados de la nación. Más de carnaval los de bronce que los de mármol. La frente marmórea de su serenidad Cibeles, coronada, brilla al aire azul de Madrid.

MCD 2022-L5

Y nos habla de sosiego y de cotidianidad. Yendo escarados a la madre de los dioses, por el palacio de Buenavista—hoy Ministerio del Ejército—, le hace fondo a la mítica matrona la puerta de Alcalá, siempre abierta al aire azul; allá, a la distancia, el Apolo y el Neptuno, y villa adentro, el Ministerio de Hacienda; cinco monumentos de sosiego, de ponderación, de ritmo sereno. Y luego, en torno, todas esas nuevas termiteras de traza babilónica... o neoyorquina; esos edificios carnavalescos, que se retuercen en contorsiones barrocas o se estiran en tiesuras cúbicas. Son dos épocas. ¿Dos revoluciones? No; la Cibeles, el Neptuno, la Puerta de Alcalá, el Ministerio de Hacienda no nos hablan de revolución, como no sea la íntima, la entrañada, la silenciosa, sin ruido de comparsas ni de tunas, que simboliza Rousseau y no Robespierre. La revolución individual. Y el mármol de esas mitológicas estatuas es italiano, y nos habla de Italia—de la Italia napolitana de Carlos III—en esta tierra de granito y de arenisca (arenisca es arisca). Y de manera de imaginería, que luego se pinta y se enmascara.

MCD 2022-L5

Como el poeta Eulogio Florentino Sanz, el hombre de las calles de Madrid, poeta también, ve a cada paso, y la ve aun sin mirarla, a su serenidad Cibeles rompiendo el aire azul, y recogiéndolo, y cuajándolo en blancura marmórea, y esa visión le va calando en el hondón del ánimo y serenándoselo. Va unida a sus oscuras sensaciones cotidianas; va entretejida con sus afectos de costumbre; es parte de la continuidad de su espíritu, que no hay Carnaval ni revolución que puedan quebrarla. ¿Literatura? Al hombre de la calle, al verdadero hombre de la verdadera calle, esas visiones mitológicas, mejor o peor traducidas, le llena, sin que él de ello se dé cuenta, de literatura la mollera. Le dicen más que la retórica jacobina de los mítines. ¡Dice tanto al Sol el mármol!

Recordamos haber oído hace unos años de un pobre hombre de la calle que se echó a ese estanque y trepó a la carroza de su serenidad, sin miedo a los leones, para ir a abrazarla. ¿Embriaguez? Quién sabe... Y ¿embriagado de qué? Más embriagado—y de peor tósigo—el que últimamente, cuando lo de la quema revolu-

cionaria de los conventos, le rompió una mano a esa misma Cibeles. El pobrete quería romper la mano que lleva las riendas de la historia cotidiana, de la cotidianidad, de la costumbre; la que enfrena a los leones del instinto salvaje, la que guía la serenidad. Y en aquel estallido carnavalesco, que fué lo de las quemas aquellas, cuando unos aburridos chicos—que no hombres—de la calle se disfrazaron de pobres diablos revolucionarios, hubo quien sintió toda la tontería—peor que barbarie—del acto. Disfrazados de pobre diablos revolucionarios, se decían: «Y bien; esto de la República, de la revolución, ¿qué viene a ser?» Y como los otros se estaban tan tranquilos, como no parecían temer nada, había que sacarlos de sí, amedrentarlos. Y poco después, los que empezaron por querer hacerse temibles, a fuerza de pretender amedrentar, acabaron amedrentándose a sí mismos, y de aquí ver en torno peligros y asechanzas, y atemorizar con su temor. Y entonces se dijo: «¡Hay que hacer de veras la revolución que pide el pueblo!» Y a ver si se enteraban de lo que pedía el pueblo callado. Y la tan sonada

MCD 2022-L5

revolución callejera se estancó en el Parlamento; revolución parlamentaria y papelera, de papel de serpentinas, de debates de Carnaval, mascarada y tunos. Y nada de batalla de flores ni de frutos.

Su serenidad Cibeles, madre de los dioses, sabe que no hay que temer a las tempestades del estanque que se tiende a sus pies, bajo su carroza; sabe lo que es la costumbre cotidiana; sabe que sobre el alma del hombre de la calle resbala la retórica jacobina, como sobre el agua de la lluvia cuando el cielo se nubla y el aire se pone pardo. Y sabe que este maravilloso aire azul de Madrid le llena a su pueblo el ánimo de airosidad y de azulez. Pueblo airoso y azul, color de cielo, no negro ni rojo, ni blanco ni gualdo, ni menos morado; pueblo que ni se enmascara ni carnavalea. Y que se conserva sereno, airoso y azul de cielo mientras pasa la comparsa.

(*Ahora*, 4-III-1933.)

MCD 2022-L5

CASTILLA

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

ENTRE ENCINAS CASTELLANAS

Hace poco, con motivo de la campaña electoral a que mi historia me empujó, fuí algunas veces, soslayando a los hombres, a cruzar campos por entre estas matriarcales encinas castellanas. Matriarcales, velazqueñas y quijotescas. Llevando siempre en el hondón de mi memoria la visión de una tarde en que al ponerse el sol contemplé, plantado al pie de una encina, un toro tan berroqueño como ella, y detrás, de fondo, frisando en el ocaso, el oleaje dorado de un trigal.

¡La encina! ¡Símbolo y emblema secular del alma de esta tierra! «Robusta» la llamó Don Quijote, es decir, robliza, y es, de hecho, hermana del roble, el árbol san-

MCD 2022-L5

to de Guernica, el de las libertades vascas, que extendía su fruto por el mundo todo. La encina, árbol que parece de roca, de berrueco, dura, prieta, inmoble al viento, de oscuro follaje perenne. Negra—*ilice nera*—la llamó Carducci al cantar a las fuentes del Clitumno, y al maldecir al sauce llorón—*piangente salcio*—al «desmayo», «amor de los tiempos humildes». Estas robustas matriarcales encinas castellanas, de secular medro, que van siendo sustituídas —¡lástima!—por esos pinos quejumbrosos —*¡queixumes dos pinos*—y resinosos. Estas encinas que esconden recatadamente su flor, la candela, y dejan escabullir—o sea *escascabullir*, o salirse del cascabullo o cascabillo, del dedal—la bellota—«su dulce y sazonado fruto», que dijo Don Quijote, para que se ceben cochinos en la montanera. Cochinos que mantendrán a los hombres. Y entre estas «robustas encinas» los «valientes alcornoques», que alguna vez se casan con ellas y dan el curioso y rarísimo *mesto*, un mixto o mestizo de unas y de otros.

De las entrañas de la encina, de lo que se llama su corazón—corazón de encina—,

MCD 2022-L5

del íntimo leño rojo de sus ramas gruesas, forjan los charros dulzainas. Sacan un rollo, lo perforan a lo largo con un asador en brasa y le ponen luego los agujeros para puntearla. Y así resultan melodiosas las rojas entrañas de la encina en que toca el dulzainero aires de la tierra castellana.

Por estas tierras, por estas dehesas, anduvimos, caballeros andantes, hace unos años, llevando una campaña agraria, quijotesca, no electoral, hablándoles a los labriegos y gañanes de que de poco sirve dejarles las manos libres para el contrato de trabajo si con las cercas de los cotos se les ponen grillos a los pies. Y hemos podido ver al cabo de años el fruto de aquellas nuestras predicaciones. ¿Sólo de aquéllas? Alguien nos precedió: un profeta mítico y místico. Que al recorrer ahora de nuevo estos campos he recordado otra predicación, una predicación propiamente comunista, al pie de una encina castellana, predicación de hace tres siglos y cuarto. Fué de Don Quijote, el gran comunero.

En el capítulo XI de la primera parte del libro se nos cuenta cómo el caballero, habiendo tomado «un puñado de bellotas

MCD 2022-L5

en la mano y mirándolas atentamente, soltó la voz» a razones... comunistas. Fué cuando entonó aquella «arenga» de: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...», y lo de que entonces se «ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*», pues «eran en aquella santa edad todas las cosas comunes», y todo lo demás, que podemos, como los cabreros que lo oyeron, volverlo a oír, leyéndolo del libro los que no se lo sepan ya de coro. «Larga arenga», que, según el malicioso Cervantes, «se pudiera muy bien excusar» Don Quijote, y a la que aquél, el historiador, llamó «inútil razonamiento». Pero yo, el comentarista, al comentar la «arenga» en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* hace ya más de un cuarto de siglo, sostuve, como hoy sostengo, que no fué inútil el razonamiento comunista del caballero, y que les llegó al fondo del alma a los cabreros, que, aunque al pronto parezcan no entender, entienden al cabo, y que hay que hablarles como se habla a Dios, del hondo del corazón y en la lengua en que se habla uno a sí mismo a solas y en silencio. La música

MCD 2022-L5

de las palabras resonará en las mentes de los cabreros—dije y digo—mejor que en la mente de los bachilleres el arte de Sansón Carrasco. En aquel mi comentario expresé mi fe en el poder de la palabra pura, mi fe en Don Quijote, «dando al aire de que respiraban todos reposadas palabras vibrantes de una voz llena de amor y de esperanza».

Y he vuelto a oír, he vuelto a oír entre las matriarcales encinas castellanas, surgiendo de sus melodiosas entrañas, la voz de Don Quijote, y he vuelto a encontrar a sus cabreros. Y sigue sonando la dulzaina castellana, sólo que ahora suena son de lucha entrañable.

Días antes de emprender esta campaña me paseaba por otro encinar, el del Pardo, a las puertas de la Villa y Corte del Oso y del Madroño. Y me acordaba de la agonía del penúltimo Borbón de España, de Alfonso XII, que soñando en el hijo —¿hijo o hija?—que le iba a nacer estertoreaba entre las encinas del Pardo: «¡Qué conflicto, qué conflicto!» Y no sé si en aquel Pardo hubo o no pacto. Y luego, últimamente, entre esas mismas tristes en-

MCD 2022-L5

cinas languidecía, ajándose, el nieto y heredero del Restaurador. Y ahora que va por fin a abrirse al pueblo la dehesa del Pardo podrán ir los españoles a escuchar lo que dicen las matriarcales y entrañadamente melodiosas encinas quijotescas a los pinos, los robles, los sauces, las hayas, los olivos, los avellanos, los algarrobos y los demás hijos de la roca ibérica.

¡Milenarias encinas castellanas a que riegan ramas del Duero y del Tajo, que Dios bendiga vuestro canto quijotesco, canto que me ha sido dado oír mientras miraba el oleaje dorado de la mies a espera de la hoz segadora!

MCD 2022-L5

GREDOS, CORAZON DE CASTILLA

También yo, como Andrés Pérez-Cardenal, mi amigo, he ido a curar mis murrias ciudadanas, y acaso mis aprensiones, en las cumbres soleadas de Gredos y en el alto de las cimas ceñidas de cielo, en esas aras del templo que es España. Y de ellas he hablado muchas veces con Pérez-Cardenal, apóstol del alpinismo castellano.

La idea general corriente se figura a Castilla como un vasto páramo donde amarillea el rastrojo monótono, tendido, árido; apenas se tiene en cuenta que Castilla está llena de sierras bravas y que su espinazo central, entre las cuencas del Duero y del Tajo, esa cordillera que ensarta las sierras de Guadarrama, Gredos, Béjar, Fran-

MCD 2022-L5

cia y Gata, es de lo más hermoso que puede verse. Y de lo menos adulterado.

Podría decirse que los castillos que le valen hoy a Castilla su nombre son más que los viejos torreones, que están por dondequiera de ella desmoronándose, los castillos de tormos y peñascos que forman las entrañas de su suelo al levantarse a buscar cielo y tomar la luz de su sol. Pues Castilla muestra al sol, su azote y su caricia, no ya sus entrañas, sino sus huesos, unos huesos caldeados, que a las veces abrasan al toque.

El castellano, no sé bien por qué, hasta hace muy poco, no ha empezado a gustar el singular cariño—un cariño rudo y hondo, sin gestos ni arrumacos—de su tierra, ni a sentir la hermosura de ésta. ¡La veía tan vieja! ¡Estaba tan cansada de parir! Y es claro, cuando el hijo de una tierra se despega de ella y no le descubre su hermosura, parece difícil que se la descubra el extraño. Y, sin embargo, así ha sido. Forasteros principalmente empezaron a percatarse de los tesoros de brava y solemne belleza que la tierra castellana guarda.

Se descubrió la grandiosidad épica de la

MCD 2022-L5

llanura, hasta de la estepa y el páramo, y gracias al prestigio literario se llegó a hacer de ella hasta un lugar común, ya en la oratoria—hablada o escrita—, ya en verso. Por reacción se opuso la llanada a la montaña, y pareció olvidarse que Castilla es tierra montañesa, serrana. Hay una Castilla serrana, tan Castilla como la llanera.

Y el verdadero corazón de Castilla, un corazón desnudo, todo roca, que se levanta al cielo buscando por encima de las nubes al sol, desnudo también, es Gredos. Es su cima a donde hay que ir a recibir el sacramento de la confirmación de la Patria.

Desde allí, desde las cumbres de Gredos, se ciñe con la mirada los campos extremeños de donde salieron los conquistadores, aquellos navegantes de tierras, de miradas de águila, que fueron los que por primera vez, desde el Darién, vieron a un lado y otro los dos más grandes mares.

Y el que quiera buscar paz suba a esas cimas. Por dos veces he gustado unos días de absoluto sosiego en la Peña de Francia, reparando mi espíritu y preparándolo para nuevos combates. Y he envidiado a

MCD 2022-L5

los buitres y a las águilas que se cernían allá arriba, en el azul, casi inmóviles y silenciosos.

Por otra parte, quien no conoce la vida de esos pueblos de las serranías castellanas, algunos de los cuales parecen transportarnos más bien que a siglos hace, a la verdadera eternidad, a esa vida que transcurre fuera de tiempo, igual ayer que mañana, en la santa repetición, que es la sustancia de la dicha, no conoce la España inacabadora.

Para esto, para gustar de lo que no cambia, de lo permanente, de lo eternamente joven, para beber de la juventud eterna, sobre todo los que hemos perdido ya la pasajera, para eso hay que recogerse en el seno de esos valles y esas serranías.

Y he aquí por qué al predicar, como Pérez-Cardenal hace, el culto activo y práctico de nuestra naturaleza, es predicar Patria y es predicar también Evangelio.

Epílogo al libro de Andrés Pérez-Cardenal *Alpinismo castellano. Guía y Crónicas por las sierras de Gredos, Béjar y Francia.*—1914.

MCD 2022-L5

EN LA VILLA DE PEDRAZA DE LA SIERRA

A D. Pedro Aguirre, telegrafista, viajero y médico, y a D. Agustín del Cañizo, médico, mis compañeros de esta visión.

Era un domingo lluvioso de este noviembre, mes de la conmemoración de las ánimas benditas. Nos detuvimos en la vieja ciudad de Sepúlveda, pintoresca más que gráfica, viñeta de pergamino isabelino, Sepúlveda pergaminosa. Como escombrera de cumbres serranas su caserío. Unos lugares se nos muestran terrosos, como brotados del suelo, suelen ser los de páramo; otros suelen los de sierra, como caídos del cielo. En Sepúlveda, plaza fuerte antaño, quedan raigones de las murallas antiguas y la muralla natural de los escarpes—arribes—del Duratón, que allí se abraza al Castilla. Te-

MCD 2022-L5

nía la ciudad siete puertas, como la helénica Tebas, y sus siete llaves las enseñan en la sala del Concejo.

De allí, de Sepúlveda, a otro relicario. En una revuelta de la carretera apareciósenos en el alto horizonte, como tarja en las nubes lacrimosas del cielo otoñal de Castilla, Pedraza de la Sierra, coronada por su castillo. Castillo castellano, no alcázar morisco. En él ha hecho labrar Ignacio Zuloaga uno de sus reposaderos. Entramos en la villa—ya no ciudad—por un portón de sus murallas arruinadas ,entramos a la soledad silenciosa y al silencio solitario de ese pedernoso aguilar vacío que agoniza sin estertores. Esas ciudades y villas tenían puertas comunales eran casas del común, de cerrar y abrir; Sepúlveda, la casa; Pedraza, la casa. Fuera, la tierra llana, pues ¿quién pone puertas al campo? Y dentro, casonas, con sus señoriales puertas privadas, de sillería blasonada con escudos, balcones de férrea rejería. De una de esas casonas, desde detrás de una vidriera, corrieron una cortinilla los dedos ahusados de una anciana que nos atisbó. La blancura de su cabellera nos dijo de toda una

MCD 2022-L5

vida. Esas casas exseñoriales, que han vivido acaso más que quienes las habitaron, se me aparecen ya como caracolas marinas que guardan ecos, ya dormidos, de generaciones pasadas, ya como ostras madreperlas que crían opacas perlas humanas nacaradas, a que empedernió la melancolía del tiempo encerrado en el hogar solariego.

Abocamos a la plaza. ¡Honda visión! Recordé lo del Apocalipsis (I, 12): «Me volví a mirar la voz que hablaba conmigo», y me puse a mirar—y admirar—el silencio. Lo miraban también las ventanas, rasgadas a plomo, de una esbelta torre de corte romántico que presidía la plaza desierta. Pues ni un alma en ella fuera de nosotros. Aunque sí, sí, dos almas en un cuerpo o dos cuerpos en un alma. En un rincón angular de unos soportales, sentada en poyo de piedra, una pareja moza. ¿Aguiluchos desnidados? Más bien palomas que sueñan aparejar nido en el aguilar vacío.

¡Juventud, primavera de la vida! — se dice—. No, sino juventud secular, sin citaciones, era de la vida. En los dos sentidos: era de trillar y era de tiempo. Dentro de cuarenta o de cincuenta años, si las dos mi-

MCD 2022-L5

tades de aquella pareja moza se casan, hacen casa y viven en uno—de consuno—, diciéndose: «mi mujer» y «mi hombre» (o marido) y nada de esas tonterías seudolaicas de «mi compañero», «mi compañera», harán una pareja eterna. En el fondo de la plaza, en una plazoleta adjunta, un copudo olmo, ceñido al pie por un asiento. A su sombra han jugado generaciones de niñas. Ahora, en otoño, sus hojas, ahornagadas y amarillas, ruedan por el suelo. Como las de las hojas, son las generaciones de los hombres, cantaba Homero. Las que se van abonan a las venideras. Y recordé los del poeta norteamericano de aquella tardía hoja, de la generación pasada, que temblaba en la rama cuando brotaban ya las de primavera en su torno. ¡También el olmo morirá! Y recordé lo de aquel hornero de un lugar alavés que había jugado su niñez al pie de un árbol del común y al secarse éste pidió su tronco y, pues era hombre muy querido de su pueblo, se lo dieron, y labró del tronco seis tablas que hizo guardar bajo su cama para que al morirse le encerraran, para enterrarle, en ellas. En el cadáver del

MCD 2022-L5

árbol de la vida duerme, como en cuna, su sueño eterno del alma.

La pareja moza de Pedraza me devolvía mocedad. Al mirarla me subía a flor de alma, a su espejo, mi dichosa juventud nativa. Me revivía en un rincón así de mi tierra natal, en otros soportales de villa —ésta vascongada—, y allí cerca un árbol, un roble, el de mi Guernica—¡la suya!. ¡de la mía!—, el que se secó y lo embalsamaron. Es que estoy viviendo obsesionado, poseído, por mi propia mocedad íntima que por el claustro de la conciencia me ronda. Y de reciente me escocía un suceso agorero, el de cuando una mañana, en este Madrid unos mozalbetes emponzoñados de sandez totalitaria y cinematográfica en un ataque de ésta, atacaron, pistolas en mano, a la Facultad de Medicina, invadiendo las clínicas, con el consabido: «¡Arriba las manos!», y mostrando una hoja escrita en un estilo de estupidez rufianesca. Se llamaban a sí mismos «decentes». Verdad es que ahora eso que llaman decencia..., mejor es callarse. Y me decía: «No lograrán matar a España, a la España común, a la de todos sus hijos, esos sedicentes decentes pis-

MCD 2022-L5

toleros de una sedicente tradición; no la matarán mientras queden estas inermes parejas mozas de soportales. Frente al cine y barullo mortales de los unos y de los otros, persistirán el sosiego y el susurro —palabras amorosas dichas en rincón de labios a labios—de las palabras inmortales de las parejas de mocedad de vida eterna.» Y allí dejamos en el rincón de los soportales de la plaza de Pedraza de la Sierra a aquella pareja moza, y allí, a su vista, el olmo de las generaciones de hojas, todo ello envuelto en el silencio solitario que bajaba del cielo otoñal de Castilla.

Rumiando todo esto, o más bien trillándolo en la era de mi conciencia histórica, seguimos hacia Segovia. Había anochecido ya Y al llegar a Segovia, a Segovia enriqueña, entramos en un café de la plaza. Y allí también, mozos y mozas, pero no emparejados, ni creo que susurrándose requiebros. Hablaban entre sí, pero por sexos. ¿De qué? No me interesaba. Muchos se pusieron a mirarme. A la pareja de Pedraza no la distraje. ¿Para qué? Luego, al atravesar el puerto de Guadarrama, neviscaba. Y después, ya en este Madrid, a oír

MCD 2022-L5

hablar de crisis, de la crisis permanente. Y ahora, al acabar esta rumia de visiones, me preparo a volver a mi Salamanca, a seguir soñando nuestra mocedad eterna y el misterio inmortal del emparejamiento. ¡Y abajo las manos! A escribir. A tejer, gusano de seda, el capullo de que uno resurja mariposa.

(*Ahora*, 20-XI-1934.)

MCD 2022-L5

POR LAS TIERRAS DEL CID

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA -

Unos días a restregarme el alma en la desnudez ascética de la vieja Castilla reconquistadora, la del Cid, Guadalajara, Atienza, Berlanga, Burgo de Osma, San Esteban de Gormaz, Soria, Numancia, Almazán, Medinaceli, Cifuentes, Brihuega..., nombres que son tierras que resuenan en este romance castellano, cuyo primer vagido literario sonó en ellas, en esa Extremadura, o sea frontera con los moros. Romance de romanos que aterraron, que echaron en tierra, a los celtíberos en Numancia.

¡Desolación de Numancia entregada a los arqueólogos! Allí, en la piedra del umbral de un viejo hogar celtibérico, la svástica

MCD 2022-L5

que vino luego a ser el crucifijo martillo del Cid, el que se guarda en Salamanca junto al sepulcro del obispo don Jerónimo. Y allí, aterrados, hechos tierra y ceniza, los que para defender su personalidad diferencial resistieron a los romanos imperiales. Y se hizo Hispania. Y corrieron los siglos, y llegaron los moros, imperiales también, y luego la Reconquista.

¡La Reconquista! ¡Cosas tuvieron nuestros Cides que han hecho hablar a las piedras! ¡Y cómo nos hablan las piedras sagradas de estos páramos! Reconquistado su suelo, Castilla, que había estado de pie, se acostó a soñar en éxtasis, en arrobo sosegado, cara al Señor eterno. Y soñó recuerdos y esperanzas: soñó esas «sirenas del aire» que posaron, empedernidas, en los capiteles románicos. Aunque los más ni soñaban: cuidaban sus ganados, sus veceñadas, y roturaban sus campos. Tenían tanto sueño, sueño de cansancio secular, que ni les dejaba soñar. Dormían la vida en Dios, que era quien les soñaba. Era el sueño de la Reconquista. Y en tanto, corrían las aguas del Ebro al mar de Roger de Lauria, y las del Duero, al mar impe-

MCD 2022-L5

rial de Colón, de los Reyes Católicos. Católicos de catolicidad, de universalidad española.

¡Medinaceli! El arco romano, imperial, mirando con ojos que son pura luz al paisaje planetario de aquellas tierras tan tristes que tienen alma, como dijo nuestro Antonio Machado. ¡Y tanta alma como tienen! Medinaceli heñido en el páramo por los dedos sobreimperiales del Señor. Se van arrumbando las ruinas que son Medinaceli, porque hasta los muertos se mueren. Y allí acabó de agonizar, muriéndose, Almanzor. El tambor legendario de Calatañazor ya no suena; se le rompió el parche. Y allí en Medinaceli, junto al arco romano, ha edificado el Patronato de Turismo un albergue, sin duda para que los turistas puedan ir a decir, como el baturro del chascarrillo: «Conque agonizando, ¿eh?» De Numancia a Medinaceli fué nacida, como en lanzadera del telar de Dios, mi alma.

Esta tierra pobre, con pobreza divina, fué la de Laínez, la de Sanz del Río, la de Ruiz Zorrilla. Y esta tierra era hace cerca de un siglo, cuando escribía Madoz, una de las que sostenían más escuelas. Y hoy

MCD 2022-L5

mismo, los descendientes de aquellos celtíberos romanizados —y romanceados— se afanan en levantar escuelas como aquellos levantaron sus recogidas iglesiucas románicas. Renace un nuevo culto en una nueva reconquista. Y pueblan el aire claro del páramo nuevas sirenas del aire. Se siente que un nuevo éxtasis afirma una personalidad integral, no diferencial, y sin alharacas. ¿Estáticos, quietos? Esto les llaman los sedicentes dinámicos —¡pedantes!—; pero no son estáticos, sino extáticos. Vuelven a ponerse fuera de sí, enajenados, y no ensimismados. Y yo sueño en una nueva reconquista integral, imperial, de la radical España.

Contemplando aquellas tierras celtibéricas romanizadas y romanceadas me acordaba de cómo al decirle un día a mosén Clascar—el traductor del Génesis al catalán—aquello de «¡Ancha es Castilla!», me replicó mi buen amigo, no sin cierta melancolía diferencial: «¡Sí, tan ancha que nos perdemos en ella!...» «¡Perderse!» Nadie se pierde así sino para ganarse, para integrarse. No se perdieron los celtíberos en Numancia; no se perdió Almanzor en

MCD 2022-L5

Medinaceli. No se perdieron los moros que levantaron el castillo de Gormaz, ni se perdieron los moros a quienes conquistó en castellano el Cid Ruiz Díaz de Vivar, el de la Valencia del Cid. Y los sones de su canción de gesta, del Cantar de Myo Cid, se han fundido con los sones de Ausias March, absorbiendo a éstos. Que los que parecen perder su personalidad diferencial la recobran más íntima, más radical, más imperial, más universal, en la personalidad integral en que se asientan los que se agitaban en pie.

Desde aquella cumbre de páramo que es Medinaceli en ruinas, barbacana sobre Aragón en tierra castellana, veía subir al cielo de Dios a nuestra España y soñaba que el Dios del Cristo la soñaba como Él se sueña: una y trina. Y con un solo Verbo y un solo Espíritu.

(*El Sol*, Madrid, 4-IX-1931.)

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

CUENCA IBERICA

Aquí, en esta Salamanca acostada vera del Tormes, que la breza bajando de Gredos, espinazo de España, aquí, a digerir, a cocer sensaciones de Cuenca encrespada entre las hoces del Júcar y el Huécar, que bajan de la cordillera ibérica, costillar de la Península. ¡Dos tipos hermanos, pero tan diferentes, estas dos tierras castellanas!... Cuelgan las viviendas de Cuenca sobre las hondonadas de ambos ríos, y es como si la ciudad fuese borbotón de los entresijos de la sierra ibérica; casas desentrañadas y entrañables que se asoman a la sima. Y todo, el caserío y el terreno, paisaje natural. Y espiritual. Rocas berroqueñas — y barrocas — que semejan murallas, como alme-

MCD 2022-L5

nadas, tal vez embozadas en yedra; un castillo interior, de las entrañas de la tierra madre, aún más que Avila de Santa Teresa. Huesos, piel y vello de arbolillos desmedrados, no como en Salamanca, jugosa tierra mollar.

Y toda esta convulsión en que se apelotona Cuenca no fué plutónica, de terremoto, sino obra de agua lenta y tozuda, la que cala y corroe y descarna la tierra y la hiñe y conforma. Así la tradición, líquida también, surca y corroe, y labra y talla, y tortura hondas hoces en el lecho rocoso de un pueblo. Y hasta inquisitorialmente, como lo probó y comprobó Cuenca en su historia.

Se abrazan y conyugan Júcar y Huécar al pie de la iglesia mayor que ha bendecido tantos desemboques mutuos de vidas de almas oscuras.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir...

cantó el del Carrión, y a morir se han ido, mejidos sus caudals, vidas aparejadas en costumbre. Se conocieron acaso en aquel

MCD 2022-L5

parque provinciano, enjaulado, y formaron un hogar. Mezclada a la neblina de las hoces contemplé la humareda de los hogares ciudadanos. En las márgenes de los dos ríos, chopos y álamos encendidos, como cirios, en rojor otoñal. ¡Y qué vidas! Aguardando todos los días, desde la mañana, al mañana eterno; aguardándolo, que no esperándolo. Vida no de esperanza, mas ni aun de espera, sino de aguarde. Y de aguante. «Posada del rincón» todo, y no tan sólo la que así se llama, y empapelada su estancia con números de semanarios gráficos de actualidades pasajeras. En un rincón de una hondonada, los cipreses de las Angustias, arrimados al espaldar de la roca, junto al abandonado convento donde no hace mucho buscaba refugio y sosiego el cardenal Segura, primado de España.

¡Qué vidas! Alguna vez, ha siglos, una sacudida histórica; ya es Alfonso VIII, que en 1177 arranca la ciudad a la morisma; ya es otro Alfonso, de Borbón y Este, aún vivo, hermano del pretendiente al Trono, Don Carlos, que con su María de las Nieves, la Doña Blanca de la blanca boina, cuya leyenda oí de niño nacer, y los que

MCD 2022-L5

en 1874, pareja moza, entran con sus huestes de facciosos carlistas a saco en la misma Cuenca. Dos aniversarios: el 21 de septiembre y el 15 de julio, que se agregan al aro de las festividades litúrgicas con el día de Difuntos, el de Navidad, los de Pasión—procesiones callejeras en que entre encucuruchados penitentes de mascarada chispea la cara lacrimosa de la Virgen Madre—, los de Resurrección; la historia de siempre y que siempre, como el caudal de los ríos, vuelve por las mismas hoces de siempre.

En la Catedral, el esplendor recatado de la rejería repujada. Pero mayor intimidad en aquellas rejas caseras que cierran los ventanales de la alta calle de San Pedro, que sube hacia el castillo, a más de mil metros de altura. En aquellas encumbradas entrañas de la meseta castellana se forjaron aquellos barrotes de cierre como hila la oruga en las suyas las hebras del capullo en que se encierra a dormir sueño de coco antes de ser mariposa. Que así durmieron sus ensueños los hidalgos conquenses, entre rejas, en esa cuenca bivalva y roquera de encantada ciudad.

MCD 2022-L5

Flores de este paisaje espiritual aquellos hermanos Valdés, de los primeros y próceres renacentistas reformados españoles. Como agua de los ríos natales habíales labrado el alma el caudal de dos tradiciones: la de la fe y la de la lengua. Para Juan, el del imperecedero *Diálogo*, lengua la religión en que hablaba a su Dios y de España, y religión su lengua vulgar, a las que dió nuevo aliento y uso la Reforma. Teólogo y filólogo en uno, Valdés—teofilólogo, como su maestro Erasmo—, estremecido de entrañada querencia a su nativo romance castellano y estremecido de piadoso cariño a la fe que les hizo soñar la vida a sus antepasados, de castizo abolengo. Sabía Valdés que creer es hablar con Dios en la lengua viva de la cuna, sin truchimanes medianeros y en conformidad de incertidumbre.

Así, mientras las viviendas colgadas del caserío de Cuenca, empinándose las unas sobre las otras, miraban con sus ojos huecos, sus luces, a las aguas que van a dar a la mar, de donde brotaron, por el lecho de las hoces, volvía yo mi vista histórica al pasado sendero de los siglos de nuestra

MCD 2022-L5

inacabable doble reconquista, la de nuestra lengua de hablar con Nuestro Señor, el Padre de la España eterna, nuestra fe vulgar y popular, y la de nuestra otra lengua, religión también, nuestro ibérico romance castellano. Y recordaba que cerca de Cuenca, en las márgenes manchegas de la vertiente de su serranía, en llano ya, Belmonte, vió la luz otro teofilólogo renacentista y escriturario, fray Luis de León, el del legendario «decíamos ayer» — siempre decimos lo que ayer dijimos—, que, libre ya de la Inquisición, que le husmeó hebraizante y acaso marrano, cantó la descansada vida del que huye el mundanal ruido aquí, en esta Salamanca, donde se cansó al cansar a los otros.

(*El Sol*, Madrid, 24-XI-1931.)

MCD 2022-L5

JUEVES SANTO EN RIOSECO

Medina de Ríoseco, ciudad castellana, abierta, labradora, en los antiguos campos góticos, en tierra llana, asentada y sedimentada, donde aún habrá, siquiera en los arrabales, alguna de esas *glorias* sobre que se baraja el tute en las veladas de invierno. Su calle principal, su rúa, más bien el carrejo de una casa de comunidad—Medina la casa—, en que se puede conversar, a través del llamado arroyo—allí seco—, de ventana a ventana o de balcón a balcón enfrentados. Y en Medina de Ríoseco cuatro grandes y grandiosos templos, como cuatro grandes naves ancladas en la paramera, y el mayor la espléndida iglesia de Santa María con su altiva torre barroca

MCD 2022-L5

—lo barroco nos dice barrueco o berrueco, y es berroqueño—, que avizora a la ciudad toda, y en esta iglesia la capilla, ya celebrada, de los Benaventes. Y en esta capilla, entre otras excelencias, aquella representación de las épocas de la vida de nuestros primeros pobres padres Adán y Eva, a los que, acabada su breve inmortalidad interina, guíales a la huesa la Muerte, mientras les toca la guitarra.

Y allí, en Medina de Ríoseco, la procesión de Jueves Santo, este año más significativa. Jueves por eminencia santo, por ser el de pasión, con la santidad de ésta y la pasión de la santidad. Iba atardeciendo. Desde la plaza de Santo Domingo, al bajar la procesión, se veía empinada sobre el apiñado caserío la torre de Santa María sobre el cielo agonizante que empezaba a parir estrellas. Y pasaba el paso de la Dolorosa, de Nuestra Señora de los Dolores, de la Soledad—dolorosa soledad y dolor solitario—, de Juan de Juni. Una de esas castizas Dolorosas españolas, símbolo acaso de España misma, con el corazón atravesado por siete espadas. ¿Serán nuestros

MCD 2022-L5

siete ríos mayores? El dolor serenado se cuaja acaso en alguna lágrima diamantina que refleja el resplandor dulce de los cirios. Porque allí pasaba a la luz de luces de cera de abejas, en velas que llevaban procesionalmente manos de mujeres en fila. Las bombillas eléctricas municipales desentonaban con su cruda luz civilizada. Arriba pestañeaban sonriendo tristemente las estrellas. Atravesó a la procesión un camión. En un paso tocaba en silencio el clarín un legionario romano que precede al Nazareno, vestido de morado castellano, con su cruz a cuestas.

Y estos pasos pasaban por la rúa comunal, familiar. Era la misma procesión de antaño. El anciano cree ver la que vió de niño, y el niño, aun sin darse de ello cuenta, espera vez la misma cuando llegue a anciano, si llega... Y no ha pasado más; ni monarquía, ni dictadura, ni revuelta, ni república. Pasan los pasos. Y los llevan los mozos. Los más pesados los iban a llevar el viernes, también santo, los socialistas, los de la Casa del Pueblo. Casa del pueblo es la ciudad toda. ¿Y por qué han de resis-

MCD 2022-L5

tirse a la secular tradición, si en nada se opone a la reciente tradición socialista? Acaso el traidor, el tesorero de los Apóstoles, expusiera las razones económicas que leemos que expuso en el capítulo XII del cuarto Evangelio, el mismo en que se nos cuenta cómo los sacerdotes querían matar a Lázaro resucitado para que no atestiguase. Y luego allí, en Medina, está don Ursinaro, el párroco popular, que dos o tres veces se salió de la presidencia de la procesión para venir a hacernos útiles indicaciones de cicerone.

Cuando íbamos a salir de Medina, entraba en ella un rebaño de ovejas. Y luego, entrada ya la noche, mientras dábamos un último vistazo a las lumbreras procesionales desfilando por las callejas, en lo alto del cielo otro paso, el Carro Triunfante—Orión—arrastrado por Sirio y llevando a las Tres Marías. Paso de la eterna procesión—¿también pasional?—celeste, la que señala horas y siglos de siglos.

Y cruzábamos—¡siempre cruz!—el páramo asentado y sedimentado, la dolorosa soledad serena del páramo hacia Palencia,

MCD 2022-L5

hacia el Carrión de Alonso de Berruguete y de Jorge Manrique, el de que

Nuestras vidas son los ríos...

Y ¡ay cuando secos! Fatídico y emblemático nombre ese de Ríoseco, río seco.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la...

¿Y no también las estrellas? Que van a dar... ¿dónde? Y pasarán como los ríos y como los pasos de toda procesión humana o divina en perpetuo Jueves Santo, mientras la Muerte toca la guitarra, y al son bailan los mortales. ¿Qué mejor podemos hacer? Y quedarán, resonando en el silencio, la cruz y la palabra, la cruz de la palabra y la palabra de la cruz.

Jueves Santo en Medina de Ríoseco. Jueves de Pasión en el río seco de la paramera castellana, pero bajo una estrellada que es un consuelo. Y el dolor se serena, se depura en la Dolorosa. La tierra está llena de cielo y el cielo está como henchido de tierra, y en la soldadura de uno y de otra,

MCD 2022-L5

de cielo y tierra, en el horizonte, se ve cómo se cierra nuestro mundo pasajero.

Y es lector, que alguna vez tengo que hablarte, en comentario perpetuo, no de lo de antes, ni de lo de ahora, ni de lo de después, sino de lo de siempre y de nunca; que ya volveremos a los pasos de la actualidad pasajera y a bailar al son de la guitarra simbólica.

(*El Sol*, Madrid, 27-III-1932.

MCD 2022-L5

DOS LUGARES. DOS CIUDADES

En nuestras andanzas por tierras de España para ir atesorando visiones españolas, otra vez hemos cruzado la soledad fecunda de la Mancha, reposadero y a la par acicate para el ánimo. Llano que nos convida a lanzarnos al horizonte que se nos pierde de vista según se gana, que no se pierde, en el cielo: que nos llama al más allá. Y es que el horizonte terrestre se funde con el celeste y se aúnan. Porque horizonte, la palabra griega, vale por definiente, limitante o lindante; es la línea lindera, y lo es de cielo y tierra. Un lindero, tanto une como separa dos términos. Y en la Mancha el lindero es común. La tierra, sembrada en

MCD 2022-L5

grandísima parte de viñas que recogen luz —más que calor—, solar para hacer, dulzor que se cuece, el jugo que será consuelo en el sueño de la vida. Uvas, y luego vino; morados, de este color a la moda neorrepublicana, color al margen del arco iris, mestizo e impuro que ni se distingue bien y que pronto se desvae y se vuelve lila, y al cabo se destiñe del todo. Y que es muy discutible que sea el color castellano comunero.

De esta tierra, de esta Mancha, de un lugarón manchego, al romper del alba, cuando el sol iba a salir de la tierra, su reino de la noche, para subir al cielo, su reino del día, y cuando iba a brotar del lindero común, salió Don Quijote. Y al romper del alba, también mientras los niños de coro cantaban misa de alba, salió de tierra —¡cómo nos lo cuenta el Padre Sigüenza, el jerónimo!—Felipe II en El Escorial. Otro solitario. Que solitario fué Nuestro Señor Don Quijote. Y solitario en el otro sentido, el de soltero. Tío y no padre; tío de su pobre sobrina, huérfana de padres. Sólo y solitario vió en sus mañanas de caza cómo los molinos de viento molían... aire. Y se

MCD 2022-L5

perdieron sus ensueños en el doble horizonte.

Y ahora cruzaba uno esta Mancha, la misma, soñando allendidades españolas. Y soñando también antigüedades prehistóricas, cuando esto acaso fué bosque. Después páramo, estepa. De vastos llanos así, de estepas asiáticas, salieron los conquistadores ante cuyos corceles se ensanchaba la tierra.

Otras veces, al cruzar estas tierras, habíamos pasado la vista de Chinchilla, y la curiosidad se nos iba hacia aquella fortaleza—el penal—, que es todo lo que desde el tren se ve. Una sola vez la flanqueamos de cerca. Pero ahora entramos en ella, en la noble ciudad de Chinchilla de Monte Aragón, cabeza que fué de Extremadura —esto es, de avanzada de frontera—y cabeza del marquesado de Villena, cuyo escudo heráldico sella cada uno de los viejos cubos de la muralla sobre que se fabricó, arruinado el castillo, el presidio. Porque Chinchilla se derrumba sin rumbo y más bien se vacía, se despuebla de almas. En sus caserones solariegos, blasonados, tras de las rejas, vagan las sombras espirituales de los antiguos hidalgos de alcurnia,

MCD 2022-L5

madrugadores y amigos de la caza, como Don Quijote, algunos, y los rótulos de algunas calles les recuerdan. Una de éstas lleva el nombre de Emilio Castelar porque en una de sus casas se albergó, en visita a un amigo, el tribuno. Hay tradición de que también se albergó en Chinchilla San Vicente Ferrer, el apóstol levantíno. Hay calles que trepan al morro del castillo hasta en escalones, y podrían llamarse como una de ellas: calle de Tentetieso. Al pie del castillo, del penal, cuevas socavadas en el suelo y enjalbegadas a la moruna, de modo que el encalado alegre la resignada miseria troglodítica. En la plaza—aún la casa del Concejo con la efigie, en piedra, de Carlos III—, peso de largos olvidos. Nos acercamos a una pobre tenducha de los soportales, donde se vendían impresos y entre éstos unos cuadernos o tomitos de una biblioteca llamada galante. Se nos subió al cuello el más agrio gusto quevedesco, lo más triste de nuestra picaresca. No es el trágico abrazo del amor y la muerte, sino el más trágico aún de la rijosidad y la penuria. Publicaciones así se cuelan, a hurtadillas o a las claras, por nuestras ciuda-

MCD 2022-L5

des, villas y villorrios, y nos hablan de otro derrumbe. El pobre hidalgüelo venido a menos no se embriaga ya con libros de caballerías. Y aquí, en esta Chinchilla que se deshace, que se despuebla de almas, del barro de que se hicieron sus murallas, sus casas de tapial, del barro de que se hicieron también sus hombres, de esa arcilla, han hecho pucheros, ollas, obra de rústica alfarería y tejas y ladrillos.

Desde Chinchilla de Monte Aragón a la nueva ciudad de Albacete, de la que sus hijos, más bien sus padres, dicen, no sin cierto orgullo, que no tiene historia, queriendo decir que no tiene arqueología. Los albaceteños hablan de Albacete como de algo que han visto hacerse, que ven cómo se sigue haciendo. Edificios nuevos de una modesta monumentalidad barroca y bancaria. En el de un Banco, gárgolas de erudición arquitectónica, sacadas de algún grabado y que parecen reírse de la clientela. Corona al Colegio Notarial una fornida jamona de piedra que representa a la Fe, pero no la de la virtud teologal, sino la de la notarial. Anejo a la ciudad el Parque, pinar espacioso y bien plantado, que alegra

MCD 2022-L5

cielo, tierra, pecho y vista. En Albacete no hay el polvo de derrumbe de Chinchilla, a pesar de lo cual abundan los limpiabotas, menester tan típicamente español.

La Feria es, y merece serlo, el orgullo de Albacete. De ella ha brotado acaso la ciudad, una ciudad mercadera. Descendientes de aquellos antiguos trajinantes manchegos, de aquellos arriegos que animaban las ventas cervantinas, han hecho del mercado la urbe moderna, gracias, sobre todo, al ferrocarril, que hace nacer nueva vida en poblados perdidos en medio del campo, sin río, en tierra a secas. Y en esta nueva ciudad un hasta suntuoso Instituto de Segunda Enseñanza junto al fresco verdor del Parque, ahora en que casi todo español aspira, en vista, ¡claro!, de empleo, a hacerse bachiller. Que siquiera estos venideros Sansones Carrascos no nutran sus ayunos y sus holganzas con rijosidades de bibliotequilla galante. Esperemos que se lo impedirán las sobrinas de los ingeniosos hidalgos de hogaño, que van también, y en vista también, ¡claro!, de empleo, para bachilleras diplomadas. Triste sería que del barro tradicional de la fábrica de España

MCD 2022-L5

tuvieran nuestros nietos que hacer no más que pucheros para el garbanzo y ollas ciegas para roñados ochavos. ¡Y adiós alquimia del marqués de Villena, el de la legendaria cueva de Salamanca, en que bordó sueños también Cervantes!

(*El Sol*, Madrid, 23-IX-1938.)

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

POR EL ALTO DUERO

Huir, huir de la lóbrega caverna legislativa y a correr, al sol, tierras castellanas, trasespañolas, ante Palencia, Burgos y Soria. A remontarse uno.

Primera parada en Lerma, en la espaciosa plaza del palacio ducal, que con uno de sus brazos ciñe al pueblo. Abajo, en el valle, entre verdor, fluye el Arlanza, rojo de siena. Y otra parada luego en Covarrubias, a ver su iglesia — un celebrado tríptico en ella — y el museo parroquial. En aquélla, sepulcros de supuestos condes soberanos de «Castiella la gentil» —Doña Sancha, el rey Fernán Núñez—, y en el museo, entre más remotas antiguallas, un sable curvo, especie de alfanje, que dicen fué del cura Jerónimo Merino,

MCD 2022-L5

el famoso guerrillero, otro salido «de la casta del Cid», como *el Empecinado*. Mas para el magín «hambriento de ensueño s-segado», aquel claustro—al cura le recordaba el de San Juan de los Reyes—, claustro humilde, pobre, pequeño, laya de corral gótico, donde sobre hierba yacen siglos vacíos e iguales. De allí a otro claustro, éste ya espléndido: el de Santo Domingo de Silos.

Hacía más de diecinueve años, en la Semana Santa de 1914, que había visitado Silos en busca de reposo. El mismo claustro, con el mismo ciprés que busca, por sobre las arcadas, luz del cielo; la misma cigüeña, los mismos monjes. En el álbum del monasterio dejé entonces la primera redacción de donde salió para mi poema «El Cristo de Velázquez»—que fraguaba entonces—el pasaje que dice:

¡Conchas marinas de los siglos muertos,
repercuten los claustros las salmodias
que, olas murientes en la eterna playa,
desde el descielo de la tierra alzaron
al mar del mundo, trémulas, pidiéndole
por el amor de Dios descanso en paz!

MCD 2022-L5

Y desde aquel verano de 1914, en que empezó mi mayor batalla, ni un solo día de verdadera paz. ¿Y descanso? Peor sería cansarse de descansar, que es devorador aburrimiento claustral.

Siguiendo riberas del Arlanza, tras una parada en las ruinas del monasterio —otro—de San Pedro de Arlanza, a dormir en Quintanar de la Sierra, donde el río nace. Y tras un plácido sueño sin ensueños, a la tierra de los pinares, a Salas de los Infantes, y luego al nacimiento del Duero.

El Duero, el padre Duero, padre de Castilla y de León. Hay un breve trecho en él en que se le abocan por la derecha, unidas, aguas que de Burgos tomó el Arlanzón, de Palencia el Carrión, de Valladolid el Pisuerga, y por la izquierda, de Segovia el Eresma, de Avila el Adaja. Ya más crecido, «essa agua cabdal»—que dijo Berceo—espeja a Zamora y van luego a ella caudales de León por la derecha y de Salamanca por la izquierda. Y entra en Portugal. Esta vez fuí a verle, a soñarle visto en su cuna, en Duruelo.

Duruelo, esto es, *Duriolu*, Duerillo, el

MCD 2022-L5

Duero niño recién nacido. Una humilde aldea donde el río del Cid, el de los guerrilleros, el del romancero, balbuce vagidos entre peñascos y se le unen dos riachuelos. Encima de Duruelo, de su pobre caserío, asomaba, tras unas cumbres peladas, el pico pelado del Urbión como repujado en el cielo desnudo, pelado de nubes. Levanta allí el río—que es el cauce—su raicilla más larga, su rendal (cordón umbilical en técnica), caucecillo de agua que baja de las cumbres del Urbión. Y al poco trecho empieza a trabajar en los pinares. Mas antes quise coger en ensueño, contemplando al Urbión desnudo, no el estado, el estar, de Castilla, sino su esencia, su ser. ¡El estado y la esencia, el estar y el ser! Si Castilla, si España es buena, nada se da que esté mala, pues ya se sacudirá el estado para rehacerse en comunidad. ¿Y... los que fueron y duermen el sueño de los idos nos recuerdan a nosotros, sus sucesores y herederos, sus venideros? ¿Y nosotros recordaremos, cuando ya pasados, a los que nos sobrevengan y sucedan? ¡Eterna vanidad del mañana! Mejor acaso el olvido en el hoy.

MCD 2022-L5

Que la lanzadera del tiempo va del pasado al porvenir y vuelve del porvenir al pasado, a redrocurso, en flujo y reflujo. La Historia nos hace abuelos de nuestros abuelos, nietos de nuestros nietos.

En Covaleda, en pleno pinar, una Sierra Nueva—así se rotula—que nos ofrece fábrica casi paleontológica, uno de esos artefactos que el vapor, y ahora la electricidad, arruinan. En un pequeño salto del Duero niño, una aserradora mecánica, a la que hay que ayudar con el pie, por pedales. Y allí pensamos en esos Saltos del Duero—más bien, hasta ahora, del Esla—, con su formidable poderío eléctrico, que acabará con estas venerables reliquias de la industria pasada castellana. En estas sierras primitivas se producía demasiado serrín, y lo más de él iba a perderse en el río. Por lo cual solían decir los de Quintanar de la Sierra, donde el Arlanza es rico en ricas truchas serranas, que las truchas pinariegas del Duero sabían a serrín, truchas aserrinadas. ¡Quién sabe!... El seso de los ciudadanos—conscientes, claro!—de las ciudades fabriles en que se asierran programas políticos, ese seso suele saber

MCD 2022-L5

a serrín sociológico. Se... so... su... sa... El Duero niño susurra, en siseo de sierra, vagidos infantiles, ciñe a Soria y cruza luego la desolación de la escombrera castellana. ¡Santo padre Duero! Sobrio y austero Duero, de cuya cuenca se salió el salido Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid*, llamando por pregón en tierras de Castilla a los que quisieran salir de pobres—«quien quiere perder cueta e venir a ritad»—y enriquecerse a costa de moros en Valencia. Y dejaron sus humildes hogares serranos aquellos cruzados de la indigencia.

Un hogar serrano, pinariego. Una cocina rematada en chimenea cónica que corona al tejado. Sobre armazón de madera, con sus cuadrales, se monta una especie de gran cesto entretejido de barda de pino verde recubierto de barro y encalado y que se abre al cielo por agujero que recibe luz y agua de lluvia, y por donde sale el humo que antes cura a los jamones. Allí, bajo la chimenea, el hogar, y junto a él los escaños en que, en mesillas de sube y baja, hacen por la pobre vida y la sueñan los sorianos pinariegos. Un pequeño claustro, doméstico también. En invier-

MCD 2022-L5

no, por el respiradero entra nieve. Y pensé lo que cuando el Cid Campeador llamó a riqueza a sus convecinos, «salidos» como él, serían las barracas de los moros de la huerta de Valencia, de «Valencia la casa», «Valencia la clara», «Valencia la mayor», «Valencia la grande». ¡Pobre Soria!

Los de páramos numantinos bajaron a costas saguntinas. Desde los siglos les recordaban ánimas de romanos y de cartagineses.

De Soria, de sus pinares, salieron en nuestros tiempos hombres roblizos y animosos, trabajadores de verdad—de madera de esencia y no de papel de Estado—a hacer fortuna, y no contra moros; en las Américas, y remigrados, han renovado su solar nativo. Basta visitar Vinuesa, donde terminé esta mi correría por las tierras del Cid, a las que fuí huyendo de la caverna legislativa y para sacudirme el serrín de sus aserramientos político-programáticos.

(*Ahora*, Madrid, 18-VII-1933.)

MCD 2022-L5

EN EL CASTILLO DE PARADILLA DEL ALCOR

A cosa de dos leguas largas de esta abierta ciudad de Palencia yace, anejo de Autilla del Pino, cerca de Paredes de Monte, el caserío de Paradilla del Alcor, al pie de un castillo—más bien castrillo—, que fué de la Casa de Veragua. Llegamos allá, páramo arriba, por el valle de las Monjas, primero, y al último, por una carreterilla, flanqueada de jóvenes arbolillos, desmedrados, y entre cuyas roderas crece la hierba.

Fué antaño un lugarejo, poblado de unos treinta vecinos; hoy, reducidos a cinco, que cuidan de unas trescientas ovejas, una veintena de vacas, algunas cabras y pocos

MCD 2022-L5

animales más. Casas abandonadas, que se derrumban; escaleras exteriores sin aramboles—barandillas—, y como colgadas en algunas; tal pobre higuera o un saúco señero, que al arrimo de las tapias toman el sol. Acuérdase uno de la «Castilla en escombros», que aquí mismo grabó Senador Gómez. Aquí se corrían liebres cuando los hombres se corrieron. Una iglesiuca de San Pelayo, semitibetana o mongólica, con escudos señoriales, pero nada señores; ridículas cromolitografías modernas, y la entrada, con su enrejado en el suelo, para defenderla del ganado, y entre la que crece cruda hierba campesina: cardos, espigas de perro y malvas de humildes florecillas caseras.

El castillo. Sencillo, rudo, borroso; al parecer, insignificante. Como un gran guijarro, pedrusco o jejo arqueológico. Se entra en su recinto por la ruina de una puerta, flanqueda de dos torreoncillos. Luego, el torreón y sus mansiones; algunas sembradas de palominos. Junto a un corralillo zumban abejas. En una tronera, una pequeña culebrina simbólica. Por de fuera, un reloj de sol. Y ni artesonados, ni arca-

MCD 2022-L5

das, ni columnatas, ni patios. Ni, a falta de río o arroyo, siquiera estanque o charca en que se espeje para aliñarse y alindarse. Ni fosos ni puentes. Y menos, un parque. Todo alienta resignada pobreza. Mas desde arriba, desde los ventanales, la visión espléndida y transparente del páramo y de la nava palentinos. Torremormojón, Baquerín, Pedraza, Paredes de Nava —de donde salieron: Berruguete, a tallar en madera, y Jorge Manrique, a tallar en romance castellano—, Fuentes de Nava, con su torre; Guaza de Campos y otros más... Un gran lago de tierra dulce, desnuda y luminosa, en que parecen ancladas las naves de grandes iglesias. Tierra blanca—otras son rojas, y otras, negras—, de una dulce desnudez, caliza y yesosa. En algún repliegue se esconde algún remanso claustral, como el de Santa Cruz de Ribas. Tierra aluvial, no eruptiva, como la granítica Avila. De ritmo sosegado y dulce, como el de las coplas inmortales de Manrique, que se llevan—«¡tan callando!»—a la mar las sales de los campos góticos, sedimentados.

¿Quiénes dijimos de adustez y de ceñu-

MCD 2022-L5

dez? También este páramo y esta nava susurran sus coplas. Y guardan sus fósiles, como aquellas tortugas que aparecieron al pie del Otero. Guardan tradición, enterrada y dormida. La Historia es el desarrollo —la evolución—del recuerdo; el progreso de la tradición. Y la Historia a las veces se remansa. Aquí, la actualidad se hace eternidad. Y realidad, permanente. Aquí se estudia el paisaje—en que entra el paisanaje—espiritual de Castilla, su realidad histórica actual. Paisaje de páramo, desnudo y transparente; la vida íntima del caserío de Paradilla. No un lugar eruptivo y granítico. Pero es que cuando el recuerdo, en su desarrollo, pierde flúidez se cristaliza, y la Historia se hace arqueología. Aun actual. O ¿es que los últimos aluviones y erupciones políticos no han hecho acaso cristalizar esta palabra, ya insoluble: República? Y sin tener apenas historia, ni leyenda, ni vida, a pesar de los vivas. Más de esto, de los desarrollos eruptivos y aluviales en historia política, literaria, artística y religiosa otra vez. Otra vez de nuestros hombres públicos, graníticos, y berroqueños, y areniscos, y arcillo-

MCD 2022-L5

sos, y calcáreos, y gredosos, y carboníferos, y... Y de cómo en lenguaje la forma popular, digerida, romanceada, del latín «cerebrum» se encuentra en la encañada del Nansa —peñas arriba—, en «ciliebro», aplicada a una capa o estrato de terreno, mientras al cerebro humano se le llama sesera—de seso, sentido—o mollera. De esto digo otra vez. Y de las palabras fósiles y de las vivientes también.

En remansos como ése ni se oye bocina de «auto», ni zumbidos de vuelo de avión mecánico—pues hay el otro: el arrejaque—, ni hay «cine», ni radio, ni gramófono, que distraigan el ánimo de gentes mecanizadas y aburridas, y les quiten ojos para el campo y sus criaturas naturales; oídos para el canto de los pájaros, los grillos, los sapos, las fuentes y el arranque del vuelo de las palomas, ni les priven de sentir en la carne—mediatamente, pues no correspondemos a la desnudez de la campiña— el toque de la hierba, muelle y verde, y fresca o tibia al sol. En ese rincón de los campos góticos se asienta el campesino natural. Allí, ni postes de telégrafo ni esos armatostes, pintados de rojo,

MCD 2022-L5

que han de conducir la energía eléctrica del Duero. Porque todo eso de la mecánica está cerrándole al hombre modernizado la visión de la vida natural. Y así, no pocos espíritus a fosilizarse desde la raíz a la flor si no quedan troncados.

Y poder allí, en aquel remanso de la dulce desnudez del páramo gótico, estudiar con sosiego Geología y Embriología; los dos tal vez más poderosos fomentos de la mente poética, creadora; y de noche contemplar la estrellada, y darse a la cavilación infinitesimal e integral del Espíritu Santo y a la «teometría pura o de posición—mística—para vencer inconmensurabilidades—y a la vez inmensidades—terrenales y temporales»—. Que si la geometría pura o de posición no es propiamente métrica, tampoco la «teometría»—mística—mide, como la escolástica, por peso, número y medida. Y en ese sosiego, aun lejos de Miguel de Molinos, el aragonés eruptivo, acordarse de él y de su «El camino para llegar a aquel alto estado de ánimo reforzado, por donde inmediatamente se llega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, es la nada.» Y volver el

MCD 2022-L5

ánimo esforzado—más que reformado—a despertarse y a avivar el seso y contemplar cómo se pasa la vida y llega la tercera muerte... ¡tan callando! A asentarnos.

Al regresar a la abierta ciudad de Palencia se asomaron a saludarnos el «Cristo del Otero»—típica obra de Victorio Macho—, la recatada catedral palentina y la torre gótica de San Miguel, que nos lanzó una ojeada con el ojazo con que escrudiña al Carrión, que a su pie va a dar por otros ríos—vidas—en la mar.

Y ¿adónde irán a dar, a «se acabar y consumir», estas visiones? ¿Me las llevaré a Dios conmigo?

(*Ahora*, Madrid, 22-VI-1934.)

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

1933 EN PALENZUELA

Al abrirse este año de 1933 fuíme desde la abierta ciudad de Palencia, la de los antiguos campos góticos, a la villa de Palenzuela. Que es en nombre a aquélla como Valenzuela, Sorihuela, Segoviela, Venezuela, etc., son de Valencia, Soria, Segovia y Venecia. Palenzuela trepa un teso escueto desde las riberas de Arlanza, vestidas de sobrio verdor. Se une el Arlanza con el Arlanzón, que baja de Burgos; luego, aunados en Magaz, con el Pisuerga; luego, en Dueñas, con el Carrión, que baja de Palencia; luego, cerca de Valladolid, con el Duero, y luego..., la mar. A la mar, que van los ríos susurrando romances del Cid, coplas de Jorge Manrique, «endechas de co-

MCD 2022-L5

muneros». Y en tanto, Palenzuela sigue arruinándose. Sólo mil almas—«las que lo sean»—le quedan de las ocho o diez mil que la leyenda lugareña dice que tuvo. El ferrocarril, primero, que cuando no une aisla; la filoxera, después, la despoblaron de aquellos hidalgüelos hacendados, cuyos blasones quedan en sillerías de fachadas que se derrumban. Callejas combadas, con verdaderas cárcavas urbanas en los muros, roídas por siglos. Boquean las ruinas en silencio, pues ni se oye el estertor de su agonía. «Castilla, en escombros», que dijo Senador. Sobre las regiones de la antigua muralla, la casona en que vivió el Sr. Orense, marqués de Albaida, republicano federal, que presidió las Cortes de la otra República, la de 1873, que ni llegó a añoja.

Y ¿por dentro? En unos soportales, sostenidos por pies derechos muy torcidos —troncos sin descortezar—, unos lugareños nos miraban con descuido. Entramos en un hogar de posada: el del maestro. ¿Hogar? Allí no hay fogón, como en tierras de dehesas ganaderas, donde llamea y chisporro-

MCD 2022-L5

tea en el lar la encina o el roble; allí, la «gloria»—«trébedes» y «estufa» en otras partes—, que calienta sin llama ni luz la estancia, y el humo se va bajo el suelo. Sobre estas glorias se echa un tute o un tresillo, haciendo tiempo para matarlo. O se comenta la eterna guerra civil de los pueblos. ¿Qué es eso de que las luchas políticas han envenenado la vida de las villas, las aldeas y las alquerías? No; las pasiones populares son las que han envenado las luchas políticas. Las partidas, los bandos, engendradores del caciquismo—no por éste engendrados—, se reparten ahora entre los distintos partidos nominales del reciente régimen republicano. ¿Maniobras políticas? Palenzuela fué uno de los centros de las últimas maniobras militares, caricaturas de batallas. Y ¿no es todo caricatura? Que a las veces sangra.

Al volver a Palencia columbramos la gigantesca figura del Cristo de Otero—obra de Victorio Macho—, que da la cara a la ciudad; yergue a medias sus brazos, en ademán de esperar para acoger en torno de él el páramo, blanco entonces de es-

MCD 2022-L5

carcha. Allí, en aquellos campos, en aquella nava, que susurran con Manrique el «avive el seso y despierte», se entierra el grano, que si no muere bajo tierra no resucita—dice el Evangelio—sobre ella. Y ¿las almas? Soñemos, alma, soñemos. Suerte que el sueño es vida, que si no...

En este año de 1933, la Iglesia católica apostólica y romana; la que fué aquí pupila del reino, se propone celebrar el décimo centenario de la muerte y resurrección de Cristo, según el cómputo tradicional legendario. Los que van descarriados y perdidos, entre cábalas políticoeclesiásticas, habrán de recogerse a meditar en el terrible misterio de la fe, en la resurrección de la carne, la vida perdurable y la comunión de los santos. Y ¿esos labriegos, que por toda España sueñan la redención de la tierra? Pensemos en otras ruinas, en otras cárcavas y en otras boqueadas de silencio espiritual.

Hace unos años esta misma mano de uno trazó renglones medidos de un funeral al Cristo yacente de Santa Clara, en la iglesia de la Cruz, de Palencia; a aquel que

MCD 2022-L5

«No hay nada más eterno que la muerte;
todo se acaba—dice a nuestras penas—;
no es ni sueño la vida; todo no es más que tierra;
todo no es sino nada, nada, nada.
¡Hedionda nada, que el soñarla apesta!»

Y luego que las pobres franciscanas del convento

«cunan la muerte del terrible Cristo;
que no despertará sobre la tierra,
porque El, el Cristo de mi tierra,
es sólo tierra, tierra, tierra...;
cuajarones de sangre que no fluye,
tierra, tierra, tierra, tierra.»

Y ahora, a la seguida de los años, al ver el erguido Cristo del Otero palentino por sobre el Cristo yacente y escondido de Santa Clara, pienso si no será la tierra, que ha vuelto a hacerse Cristo, y que es la tierra de los campos la que va a resucitar. Y a resucitar la fe en la redención de la tierra. Fe en la redención vale más que la redención misma, ya que ésta es sombra, y aquélla, la fe su sustancia. ¿No se redimen acaso gracias a la mar el Arlanzón, el Arlanza, el Pisuerga, el Carrión y el Duero, ríos que son nuestras vidas?

Esta tierra les era a los labriegos, a los

MCD 2022-L5

campesinos todos, una tierra de destierro —«los desterrados hijos de Eva», rezaban en la salve—y a su vez de entierro. Todos desterrados y todos enterrados en ella. Y ahora muchos de ellos empiezan a soñar en la redención—resurrección—de la tierra. Con otros sueños apocalípticos, milenarios, cabalísticos de una nueva sociedad.

Junto y frente al «¡Viva Cristo Rey!», santo y seña de las beatas paradas, empieza a oírse un «¡Viva la tierra pública!» o libre; la tierra «res pública». Y si Jesús, cuando las turbas hambrientas quisieron proclamarle rey, se esquivó de ellas en huída al monte, y sólo al irse a morir muerte de cruz le proclamó rey el pretor romano que mandó le crucificaran, ¿quién sabe si la tierra, ella misma y por sí misma, no se esquivará de que la hagan pública? No por manejos de hombres, no por lucha de clases, no por leyes políticosociales, sino por economía natural, anterior y superior a legislaciones civiles humanas, a albedríos ciudadanos de la ciudad de Henoc, fundación de Caín, el Fratricida; por naturaleza.

A una religión parece venir a sustituir

MCD 2022-L5

otra. O mejor, la antigua, la terrenal, la de siempre, la que recalzaba y mantenía la cristiana en el alma terrestre del pueblo pagano: el paganismo, la religión del pago, del terruño. Los campesinos, siempre paganos. La otra vida no la soñaron sobre el cielo que llueve, sino bajo la tierra, enterrados y desterrados. Por lo demás, eso de «la vida es sueño» es cosa de príncipes, como Segismundo, y de poetas de ciudad.

El pueblo de los campos, la paganía, azuzado por vendaval—«vent d'aval», viento de abajo de tierra—, espera redención soterraña. ¡Séale la tierra leve!

(*Ahora*, Madrid, 25-I-1933.)

MCD 2022-L5

LA ETERNA RECONQUISTA

Día de San Juan Bautista, el del sol más largo del año, y en éste, además domingo. Subíamos a la cabecera de la Castilla leonesa, o si se quiere del León castellano. León, que fué antes Legión, y que siguió siéndolo. Castillería se llama a una comarca de estas altas tierras de la Reconquista, linderas con la Montaña. Reconquista ¿de qué? De la España románica y visigótica, la de los concilios de Toledo, no del gótico—más bien franco—, de que surgió luego, al deshacerse, el barroco. Allí, entre Carrión y Pisuerga, no hay barruecos, sino navas, alcores, páramos y sencillas tierras evangélicas, de asiento, postradas a las plantas del Señor del cielo. Al ver pasar

MCD 2022-L5

las ovejas trashumantes al borde de los trigales, a que encienden mechadas en ellos las rojas amapolas, acuérdase uno de cuando el Cristo, la Palabra, dijo, según el cuarto Evangelio, el del otro San Juan: «Yo soy la puerta de los ovejas.» (Cap. X, versillo 7.) Bizma el paisaje evangélico—y con sus ovejas—al ánimo, lacerado por las rozaduras y los desgarrones de la civilización. ¿Vendrán también acá, a despegarle del sosiego secular? Secular y seglar, religiosamente laico o popular. Si así llega a ser, que Dios se lo cobre. Desde sus nidos, en las torres y espadañas de las casas de oración, nos avizoran, indiferentes, las cigüeñas estilitas—no estilistas—, sansimeónicas.

En dos lugarejos ondeaban banderas blancas—de paz—en la pingorota de las torres de iglesias campesinas. Celebraban a los misacantanos que acababan de celebrar. Y en estos tiempos... ¡de reconquista seglar! ¡Villasarracino! El nombre dice de sarracina y de sarracenos—a primera oída, por lo menos—, y de allí, sin embargo, en las elecciones constituyentes, se le echó a un

MCD 2022-L5

candidato al grito de «¡Fuera los mahometanos!» ¡Y qué nombres de lugares! De los que se paladean. Entre ellos, esos eneasílabos toponímicos—de que es en Castilla dechado Madrigal de las Altas Torres—, y que allí suenan: Arenillas de Nuño Pérez, Rabanal de los Caballeros, Cervera del Río Pisuerga, San Salvador de Cantamuga... Preside al Carrión—el de Jorge Manrique—Carrión de los Condes—de los condes de Carrión, los yernos del Cid reconquistador—, y al Pisuerga, su Cervera señorial. En Buenavista, en el evangélico valle de la Valdavia, una iglesia recién reconquistada, es decir, reconstruída. Un vecino, mostrándonos el tradicional hachero de los rituales cirios funerarios de familia, nos dijo: «¡De cera de mis colmenas!» Las abejas les dan miel con que adulciguarse las bocas para el rezo, y la cera con cuya lumbre apaciguarse las ánimas de sus muertos.

En Guardo, junto a un palacio de mediados del XVIII, de fachada barroca, las minas de carbón de piedra. La tierra, alzándose ya hacia la montaña, guarda bosques prehistóricos, con cuya leña, fósil ya,

MCD 2022-L5

activar y calentar la vida de hoy. Luego, por Cervera del Río Pisuerga, subíamos por la tierra que se alza por donde baja el río. Subían también, desde Extremadura, desde tierras de Plasencia, riberas del Tiétar y del Jerte, rebaños de ovejas trashumantes con que nos cruzábamos, dejándolas pasar. La iglesiuca románica de San Salvador de Cantamuga, pintiparada a un gran buho de piedra, contempla desde hace siglos—yace en él de siempre—con los ojazos de su espadaña el paso de las merinas, del siglo de siempre también. A pesar de las carreteras de firme permanente y de las vías férreas, lo que íntimamente permanece es el espíritu de la cañada, de la meseta. «¡La eterna historia!», me dijo una vez uno, y yo a él: «¡Sí, la historia eterna!» Como la de aquellas parejitas de mozo y moza de los campos que veíamos en los ribazos del margen de la cañada y de los trigales, junto a las amapolas, sobre la hierba, reanudando la historia eterna. «Yo soy la puerta de las ovejas», que dijo Jesús. Y esas mocitas campesinas, románicas o visigóticas, han dejado su rustici-

MCD 2022-L5

dad. Hasta las hay que, rapadas las cejas, se las pintan. Y una lozanía alegre que Dios se la pague.

En Moarbes—en esta provincia de Salamanca hay un Mozarbez que parece ser que sea Mozárabes—, una bella portada de encendida encarnadura de piedra arenisca donde el Cristo—la puerta de las ovejas—, rodeado de los cuatro animales simbólicos de la Esfinge—hombre, águila, león y toro—y en medio de la docena de los apóstoles. Debajo, el arco ajedrezado de la puerta. Y arriba, en la torre, la cigüeña ha fabricado su nido en copa de leña, obra de arquitectura también. Le lanza a uno ese nombre: Moarbes, a soñar en unos presuntos mozárabes que, al amparo del Cristo de la puerta—y puerta Él—, se acogieron, merced a la reconquista románica y visigótica, al redil de la raza. ¿Qué quiso ser aquello?

Llegamos a la cabecera de estos Campos Góticos, por entre montañas peladas, cual montones de cernada empedernida, sobre cuyas cumbres pasaban las sombras de las nubes. Y más arriba, en Piedras Luengas,

MCD 2022-L5

en la Venta del Horquero, se nos abrió el espléndido panorama de los Picos de Europa, bosques al pie y cumbres veteadas de nieve, a que las nubes se agarran. De Europa ¿por qué? Allí, la Castilla leonesa —y asturiana—, la de la Reconquista, desentraña para darlos a luz sus entresijos rocosos. Allende aquellos Picos, Covadonga, la de Pelayo (Pelagius) el románico.

Al descender, ya en la llanada, dimos con el espejo del agua del Canal de Castilla, que se hizo para transporte de mercaderías. Y para enlazarlo con la mar se construyó la primera vía férrea de Castilla —y la segunda de toda España, pues la primera lo fué en Cataluña—: la de Santander a Alar del Rey. El canal flanqueaba a Frómista, la del típico templo románico, dechado de su clase.

Entre campos de trigo, y alfombras de amapolas, y rebaños de ovejas trashumantes, y parejitas campestres, y ruinas de castillos y de templos románicos, y viviendas de tapial fraguado a trulla, íbase uno soñando en la eterna historia, en la eterna reconquista de la vida que pasa. Y la otra,

MCD 2022-L5

la Reconquista mayúscula, ¿qué es lo que fué sino la lucha de unos pastores, ganaderos, contra otros y por la trashumancia, y aun después de que algunos se asentaron como labradores en ciudades? Caín y Abel siempre, enmellizados como la muerte y el amor, como el hambre y la envidia.

(*Ahora*, Madrid, 4-VII-1934.)

MCD 2022-L5

Colección «MAS ALLA»

1 y 2.—Rubén Darío: *Poesías escogidas.* Dos tomos. (4.ª edición.)

3.—Abenamar: *Filosofía de los toros.*

4.—Pedro Muñoz Seca: *La venganza de Don Mendo.* (6.ª edición.) Con ilustraciones de Herreros.)

5.—H. de Balzac: *De la vida elegante.*

6.—Rubén Darío: *Azul.* (4.ª edición.)

7.—Rubén Darío: *Poema del Otoño.*

8.—Rubén Darío: *Cantos de vida y esperanza* (3.ª edición.)

9.—Jorge Manrique: *Poesías completas.* (2.ª edición.)

10.—Pepe-Illo: *Tauromaquia.*

11.—Santa Teresa y San Juan de la Cruz: *Poesías.* (2.ª edición.)

12.—Goy de Silva y Oscar Wilde: *Salomé.*

13.—Oscar Wilde: *El crimen de lord Arturo Saville* y *El fantasma de Canterville.* (2.ª edición.)

14.—Fray Luis de León: *La perfecta casada.*

15.—Luis Pasteur: *Cartas familiares.*

16.—Barbey d'Aurevilly: *El dandysmo.*

17.—Oscar Wilde: *El abanico de lady Windermere* y *Una tragedia florentina.* (2.ª edición.)

18.—Rubén Darío: *Prosas profanas.*

19.—W. Shakespeare: *Trabajos de amor perdidos.*

20.—Príncipe de Ligne: *Memorias.*

MCD 2022-L5

21.—NARA-MOUNY: *Viaje en busca de sabiduría.*
22.—CÉSAR FRONDA: *La suegra ideal.*
23.—FRANCISCO MONTES: *El arte de torear.*
24.—GOY DE SILVA: *El libro de las danzarinas.* (En prensa.)
25.—P. A. DE ALARCÓN: *El clavo.*
26.—G. A. BÉCQUER: *Rimas.* (6.ª edición.)
27.—RUBÉN DARÍO: *Rimas y abrojos.* (2.ª edición.)
28.—R. DE CAMPOAMOR: *Doloras, humoradas y cantares.* (3.ª edición.)
29.—RUBÉN DARÍO: *Poemas en prosa.*
30.—NAPOLEÓN BONAPARTE: *Reflexiones en Santa Elena.*
31.—*Las más bellas cartas de amor.* Tomo I. (2.ª edición.)
32.—JOSÉ ZORRILLA: *Don Juan Tenorio.* (2.ª edición.)
33.—*Serranillas.* (2.ª edición.)
34.—JUAN VALERA: *Cervantes y el Quijote.*
35.—ANTÓN CHEJOV: *Cuentos.*
36.—G. A. BÉCQUER: *Desde mi celda. Cartas literarias.* Tomo I. (2.ª edición.)
37.—G. A. BÉCQUER: *Desde mi celda. Cartas literarias.* Tomo II.
38.—JUAN VALERA: *Dafnis y Cloe.*
39.—GUILLERMO DÍAZ-PLAJA: *Cartas de navegar.*
40.—GARCILASO DE LA VEGA: *Poesías completas.*
41.—MIRABEAU: *Cartas a Sofía.*
42.—GUY DE MAUPASSANT: *Cuentos breves.*
43.—GABRIEL Y GALÁN: *Obras completas.* Tomo I (2.ª edición.)
44.—GABRIEL Y GALÁN: *Obras completas.* Tomo II. (2.ª edición.)

MCD 2022-L5

45.—Gabriel y Galán: *Obras completas.* Tomo III (2.ª edición.)

46.—José Ortega y Gasset: *Castilla y sus castillos.*

47.—José Ortega y Gasset: *De la aventura y la caza.*

48.—Rafael Morales: *Poemas del toro.*

49.—Juan Valera: *Cartas desde Rusia.* Tomo I.

50.—Juan Valera: *Cartas desde Rusia.* Tomo II

51.—Fray Luis de León: *Poesías originales.*

52.—Fray Luis de León: *Traducciones profanas.*

53.—Fray Luis de León: *Traducciones sagradas. El cantar de los cantares.*

54.—Juan Valera: *Cartas desde Rusia.* Tomo III

55.—*El amor en la Poesía.* Tomo I. *Epoca clásica*

56.—*El amor en la Poesía.* Tomo II. *Edad Media.*

57.—*El amor en la Poesía.* Tomo III. *El Renacimiento.*

58.—*El amor en la Poesía.* Tomo IV. *Clasicismo.*

59.—*El amor en la Poesía.* Tomo V. *El Romanticismo.*

60.—Antonio Machado: *Campos de Castilla.*

61.—Antonio Machado: *Canciones.*

62.—Manuel Machado: *Poesías escogidas.*

63.—Manuel Machado: *Estampas sevillanas.*

64.—Goy de Silva: *Mientras cantaban las ocarinas.*

65.—Goy de Silva: *Las educandas.*

66.—Goy de Silva: *Doña Gárgola.*

67.—Eugenio Montes: *Elegías europeas.*

68.—G. A. Bécquer: *Leyendas.* Tomo I.

69.—G. A. Bécquer: *Leyendas.* Tomo II.

70.—G. A. Bécquer: *Leyendas.* Tomo III.

MCD 2022-L5

71.—R. Gómez de la Serna: *El torero Caracho* Tomo I.

72.—Goy de Silva: *Viaje a Belén.*

73.—Oscar Wilde: *Un marido ideal.*

74.—G. Torrente Ballester: *Ifigenia.*

75.—José Luis Cano: *Sonetos de la bahía y otros poemas.*

76.—M. Pombo Angulo: *En la orilla.* Tomo I.

77.—M. Pombo Angulo: *En la orilla.* Tomo II.

78.—R. Gómez de la Serna: *El torero Caracho* Tomo II.

79.—P. A. de Alarcón: *Roma.*

80.—P. A. de Alarcón: *Salamanca.*

81.—P. A. de Alarcón: *El amigo de la muerte.*

82.—*Las más bellas cartas de amor.* Tomo II. (En prensa.)

83.—F. Díaz-Plaja: *La poesía española de la muerte.*

84.—L. Alonso Schökel: *Poesía española* (1900-1925). Tomo I.

85.—L. Alonso Schökel: *Poesía española* (1925-1950). Tomo II.

86.—E. de Gema: *Tierra adentro.*

87.—*Los mejores romancillos de la lírica española.*

88.—Oscar Wilde: *El retrato de Dorian Grey.* Tomo I. (Con ilustraciones de Herreros.)

89.—Oscar Wilde: *El retrato de Dorian Grey.* Tomo II. (Con ilustraciones de Herreros.)

90.—M. de Unamuno: *Paisajes.*

91.—M. de Unamuno: *Rosario de sonetos líricos.*

92.—F. Mota: *Papeles del 98.*

93.—M de Unamuno: *Madrid.*

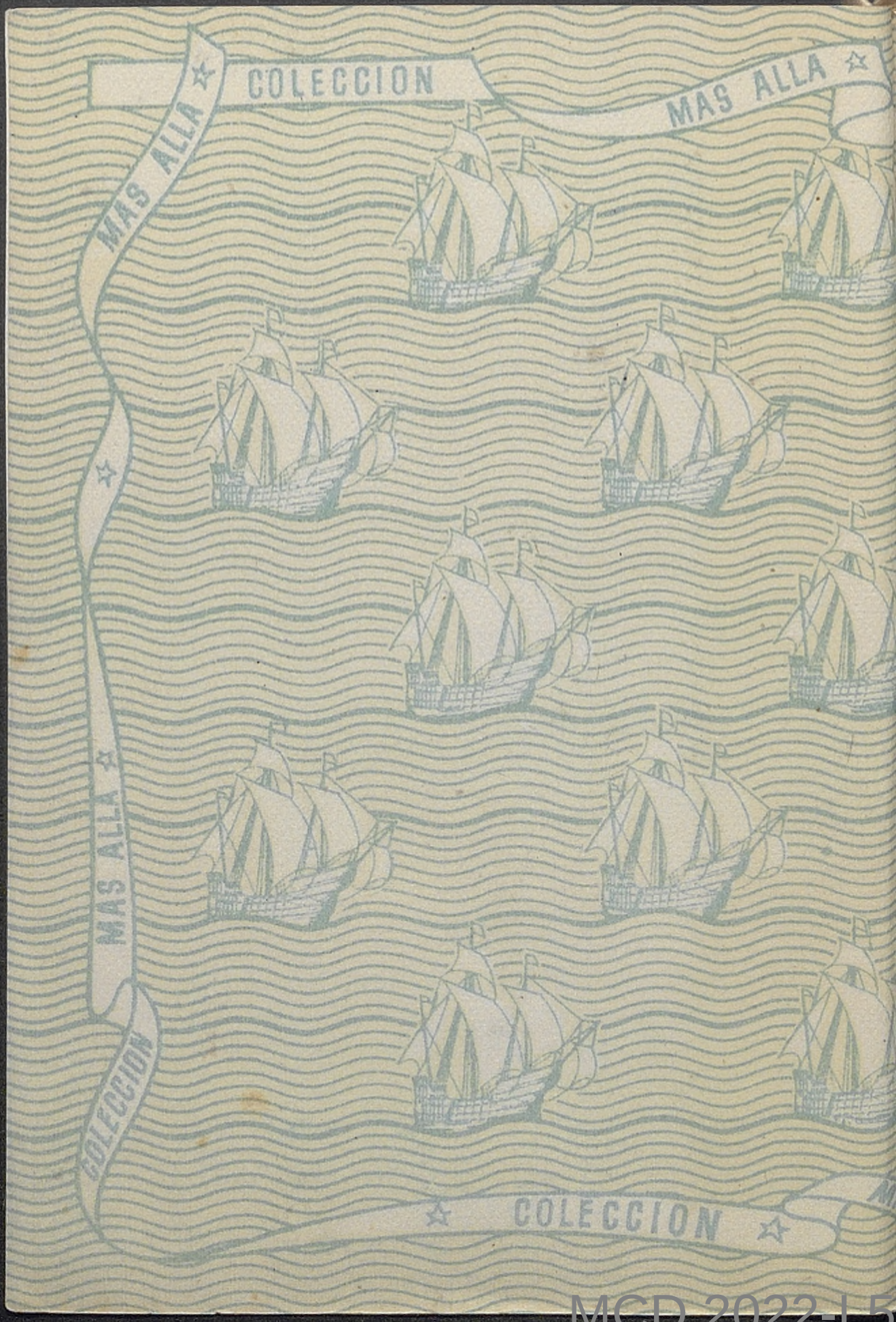
94.—Augusto Arias: *España en los Andes.*

MCD 2022-L5

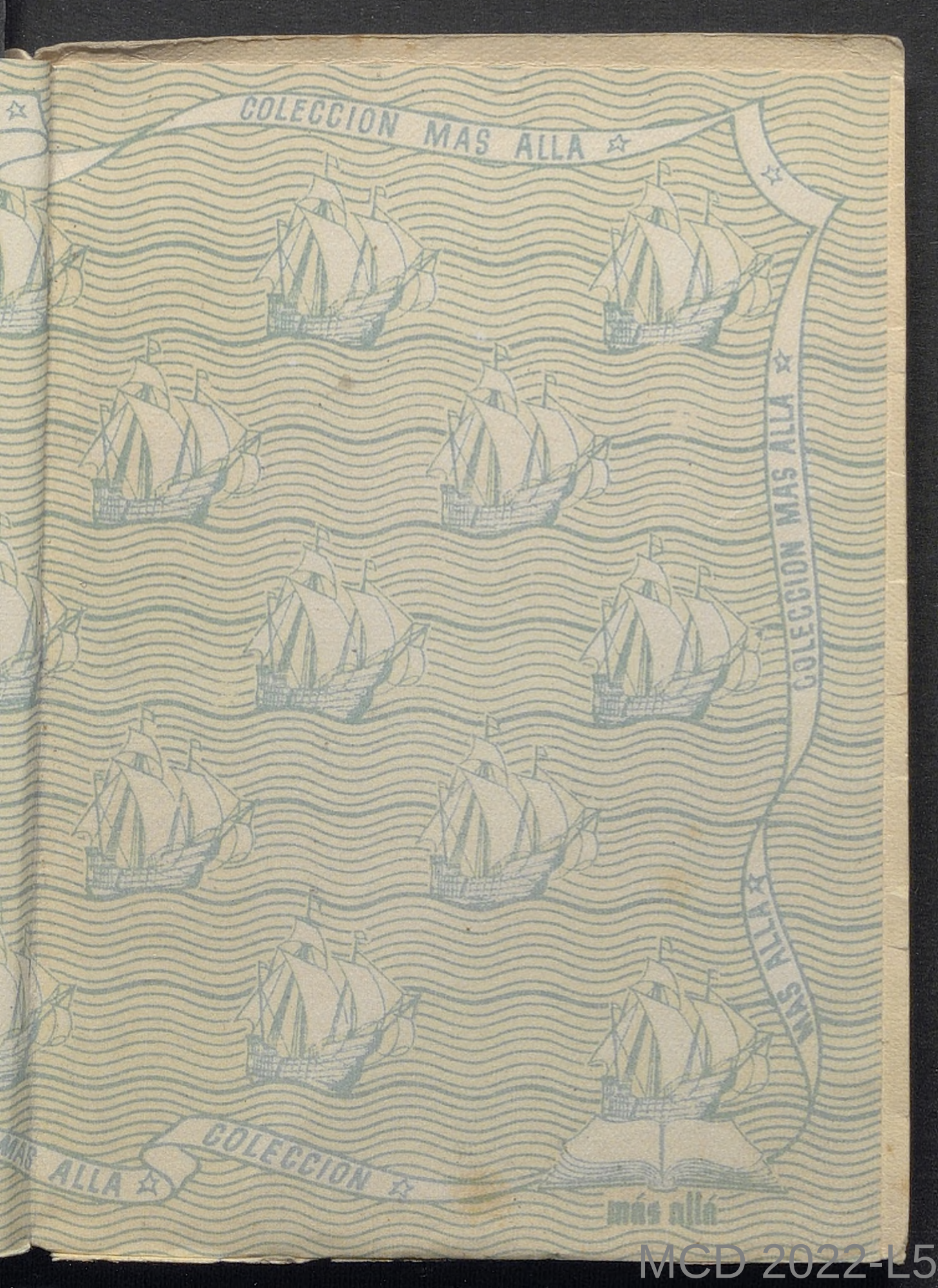
MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5



MCD 2022-L5


COLECCION MAS ALLA
COLECCION MAS ALLA
COLECCION MAS ALLA
más allá